



MARGOTTE
CHANNING

LYNNAE

LYNNAE

MARGOTTE
CHANNING

margottechanning@gmail.com

Facebook:
margottechanning

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

EPILOGO

UNO

Granja Brattahild, Groenlandia, año
1113

Hacía mucho tiempo que Erik no estaba tan furioso. Se había acostumbrado a discutir violentamente con su hijo mayor, Ragnar, que tenía un genio endiablado, pero esta vez la pelea era con Gunnar, que junto con Rongvald, eran mucho más tranquilos.

Gunnar se erguía ante él, con sus más de dos metros, beligerante como nunca, sin poder creer que su padre pretendiera seguir dándole órdenes. Los dos se miraban con el mismo ceño fruncido, y la mirada tormentosa,

esperando que el otro cediera.

Afortunadamente su mujer, Yvette, no estaba en la casa había ido a visitar a una vecina enferma. Erik sabía que, si estuviera allí, tendría que discutir también con ella,

—¡No pienso aguantarlo más, padre! —Gunnar tenía los puños cerrados y pegados al cuerpo. Erik se controlaba, a duras penas, para no lanzarse encima de él, y hacerle entrar la razón en su cabeza a golpes. Pero en algo tenía razón, ya era un adulto, tenía 22 años, él se había ido de casa de su padre mucho antes.

—¡Tú aguantarás lo que yo te diga!
—le gritó, el vozarrón de Erik, impropio de un hombre de su edad, resonó por todo el salón. Los sirvientes que preparaban las

mesas para la comida, salieron corriendo, asustados, al escucharle.

—¡No!, tú me dijiste hace años, que si quería labrarme mi futuro tendría que irme de aquí, y tenías razón—bajó la voz intentando ser conciliador, respiró hondo intentando ser razonable. Volvió a la carga más tranquilo,

—Padre, soy el hijo menor. Mi hermano Rangvald, y yo me alegro, es el que heredará todo esto—con un gesto de la mano abarcó la granja y los alrededores — pero yo tengo que buscar mi fortuna.

—Todavía es pronto—Erik sabía que se quedaba sin razones. Se acercó a su hijo, que se había alejado, enfadado, de la mesa donde desayunaban antes de que empezara la discusión—Hijo, piensa en tu madre. Además, estas tierras son muy

grandes, hay para todos. Hablaremos con tu hermano para llegar a un acuerdo. Nada nos haría más felices a tu madre y a mí, que saber que viviréis todos juntos en la granja.

—¡Es imposible padre! —le miró indignado— no puedes pedirnos eso. Quiero viajar, recorrer el mundo, ¿no eres capaz de alegrarte por mí?, siempre volveré a vosotros, sois mi familia—pero Erik no podía dejar que se fuera, todavía no estaba preparado para su marcha. Se negaba irracionalmente a ello.

—Gunnar, habrá más oportunidades, no tienes por qué ayudar a un desconocido, en una guerra que no nos importa. Ya tendrás ocasión de luchar, créeme, y de demostrar lo que vales.

—No, padre, necesito irme ya y

buscar mi propio sitio en la vida. Os quiero a todos, pero no esperaré más, a que a ti te parezca bien. Tú eras mucho más joven que yo, cuando huiste de tu casa—en ese momento, Erik supo que no había nada que hacer. Al ver la expresión de su hijo lo supo. Y el miedo hizo que su genio se descontrolara. Había llegado el momento que tanto había temido, sus hijos se iban lejos de él, tan lejos, que ya no podría protegerlos. Su hija se había ido con su compañero al otro lado del mar dos años antes, y ahora tenían suerte si la veían una vez al año. No podía soportar que todos se fueran, por eso dijo algo que no debería haber salido nunca de su boca:

—Gunnar, te lo diré solo una vez, si te vas ahora, en contra de mis deseos, no

vuelvas nunca más. Esta dejará de ser tu casa—su mandíbula se encajó, como le pasaba cuando se ponía más testarudo. Su hijo le conocía bien.

—¡No puedes hablar en serio! —Gunnar, se puso pálido al escuchar la amenaza. A pesar de ser adulto, y sentirse un hombre capaz de todo, en ese momento, se encontró más solo de lo que se había sentido nunca. ¡No poder volver a casa de sus padres!, pero en lugar de asustarle, la amenaza de Erik consiguió el efecto contrario. Se prometió que haría lo que había decidido, pasara lo que pasara.

—Sí, Gunnar, por supuesto que hablo en serio, ya estoy harto de esto. ¡Me debes respeto, creo que te he consentido demasiado, pero esto se acabó!—se agachó para dar un golpe con

el puño cerrado en la mesa, que hizo que saltaran los cuencos y los platos que había en ella— ¡te prohíbo que te vayas!, si lo haces, le diré a tu madre cuando vuelva, que no eres bienvenido en nuestra casa desde este momento—Erik, erguido, con el cabello aún rojo, aunque con bastantes canas, y los ojos tan azules como cuando era joven, se mantuvo rígido incluso cuando su hijo le miró, con cara de decepción y dolor.

—Está bien, si no te importa, prepararé mis cosas, y me iré por la mañana—su padre asintió rígido, aunque le pareció que se le rompía el corazón. Observó salir a su hijo del salón, incapaz de buscar las palabras necesarias, para hacer que volviera. Alargó la mano para coger la copa olvidada de hidromiel, pero,

cuando iba a llevarla a sus labios, de repente, la lanzó contra la chimenea encendida, mientras su cara se transformaba en un gesto de amargura.

Dos años después...

Gunnar “el lobo”, analizaba la fortaleza con cuidado. Estaba montado en su caballo, y la observaba concentrado, desde la colina que había frente al castillo. Miró las dos torres que había frente a él, donde el enemigo tenía varios fuegos calentando aceite, que utilizarían volcándolo sobre los que intentaran trepar por sus muros. Contó más de veinte arqueros agazapados tras la muralla, esperando para rematar a los

que no consiguieran aniquilar con el aceite. Llamó a Viggo, quien vino al momento:

—Gunnar—le saludó. Viggo era su segundo al mando, y el que mejor le conocía. Habían luchado juntos desde el principio como mercenarios, a las órdenes del rey Filip Halstensson. Fue cuestión de tiempo que, finalmente, el rey diera a Gunnar el mando de su ejército.

—Viggo ¿cuánto tardará la catapulta? —siguió mirando los preparativos, tranquilo. Había vivido muchas veces esta misma escena.

—Esta noche estará aquí—asintió y haciéndole un gesto de despedida, salió galopando hacia su izquierda, en dirección a la inmensa y helada llanura. Allí estaban el resto de sus hombres, agrupados

alrededor de las hogueras, esperando sus órdenes.

Fue directamente a su tienda, regalo del rey. Entró quitándose el yelmo de hierro, y dejándolo sobre una silla, junto con la capa corta de piel, la espada, y el puñal.

—¿Ya has vuelto? —Gunnar se volvió con el ceño fruncido, e intentó sonreír cuando vio al rey, pero aquél simple gesto que le era tan natural años antes, cada vez le resultaba más difícil.

—Hola Filip—se acercó a saludarle, Filip había sido bueno con él. Prueba de ello era que ahora era dueño de unas magníficas tierras y un castillo, regalo todo del rey. Lo único que le pedía a cambio, era que consiguiera la paz para su reino, y Gunnar creía, sinceramente,

que estaban a punto de conseguirla.

Filip Halstensson, se levantó de la silla donde bebía la copa que le habían servido nada más llegar, para recibir a su amigo. Así lo consideraba, aunque Gunnar nunca le había dado a entender, que sintiera lo mismo. Era un hombre parco en palabras, y muy huraño, pero, y esto hacía que lo demás careciera de importancia, era tremendamente fiel y un gran guerrero.

El rey era un hombre bajito y más bien redondo, de pelo escaso y moreno y ojos claros que transmitían buen humor. Tenía una cualidad extraña para ser rey, y era que sabía reírse de sí mismo.

Gunnar, por el contrario, medía más de dos metros de altura, era moreno, con ojos violetas, y las mujeres suspiraban a

su paso. El rey había sido testigo muchas veces de eso, aunque el guerrero no solía hacerles demasiado caso. Solo las utilizaba cuando necesitaba calmar sus necesidades corporales, y luego, se olvidaba de ellas. El rey le admiraba secretamente por ello, aunque él estuviera enamorado de su mujer, la reina.

—¡Querido amigo!, te traigo buenas noticias—Gunnar se le quedó mirando expectante, no se le ocurría cuales podían ser. Ese hombre era tan particular, que solía sorprenderle.

—Dime—el rey sonrió ante su desgana respuesta.

—Después de esta victoria, por fin, toda Suecia estará unificada, y no tendremos que pelear más. Todos marcharemos como un solo hombre, en

un país hermanado. ¡Se acabó el destruir, de ahora en adelante, trabajaremos para vivir en paz en un país mejor!, y espero que estés, también, a mí lado en estos momentos.

Gunnar miró a aquel hombre al que, a pesar de todo, había cogido cariño. Era muy inocente al creer que no se le rebelaría otro de los caudillos que había por todo el país, en cuanto se diera la vuelta. Pero él no le diría nada, que fuera feliz el tiempo que pudiera. En cualquier caso, lo que decía el rey, significaba que podría hacer lo que pensaba desde hacía tanto tiempo. Retirarse y luchar por la propiedad que le había cedido. Siempre que no se cumpliera, lo que había leído en las runas.

—Lo siento Filip, pero no soy

hombre adecuado para la corte. No te sería útil, necesitas alguien más diplomático que yo. Además, me gustaría retirarme a la isla que me hiciste el honor de concederme.

—¡Por supuesto Gunnar, por supuesto!, lástima que no tengas una mujer para llevarte contigo. Pero no tengo dudas que la encontrarás enseguida—rio a carcajadas su propia broma, e hizo que Gunnar sonriera sombrío.

Hacía mucho tiempo que notaba la oscuridad avanzando en su interior. El berserker con el que compartía su cuerpo, estaba cada vez más nervioso, y violento. Afortunadamente se había ido a tiempo de su casa, no hubiera soportado poner en peligro a nadie de su familia. Así era mejor para todos.

—¿Cuándo has pensado atacar muchacho? —la pregunta de Filip le hizo volver a la realidad.

—Esta noche, en cuanto llegue la catapulta.

—¡Estupendo!, así podré verte en acción. Siempre es un privilegio ver como luchas en primera fila, y como consigues que las tropas te sigan. Aunque a veces piense que eres un poco loco en tus ataques.

Gunnar sonrió por toda respuesta, y su mirada se volvió hacia Viggo, que entraba en ese momento en la tienda.

—Majestad—se inclinó ante el rey—perdonad, pero vengo a hablar con Gunnar—el rey le hizo un gesto con la mano, para que hablara sin miedo.

—Gunnar la catapulta ya está aquí—

Gunnar asintió.

—Está bien, que preparen suficientes antorchas, no hay luna llena, y los tiradores de la catapulta necesitan ver. Los soldados de a pie que vayan a oscuras, díselo a todos, iremos sin luz. Es más difícil que te acierten las flechas del enemigo, si no pueden verte—Viggo asintió y se fue a cumplir sus órdenes.

Había llegado el momento, se volvió hacia el rey,

—Filip, hay algo que tengo que pedirte—el rey asintió sorprendido. Que él recordara, aquél valiente nunca le había pedido nada, lo que hacía que fuera más generoso con él, que con cualquiera de sus otros guerreros.

—Por supuesto, lo que quieras—Gunnar asintió con seriedad.

En casa de su padre había aprendido a luchar, pero por lo que se había distinguido era por sostener en sus manos, con demasiada frecuencia según sus hermanos, los libros en lugar de las armas. Pero en el ejército pasaba por ser un vikingo feroz más.

—Me he echado las runas—el rey abrió la boca sin poder evitarlo, ahora sí que estaba atónito.

—Creía que nunca te las echabas a ti mismo—el vikingo asintió.

—Sí, pero tenía una intuición. Y se ha cumplido—suspiró, casi era un respiro poder contárselo a alguien—es muy posible que no sobreviva a esta noche. No es seguro, pero por si acaso, hay algo que necesito que hagas.

—¿Qué dices? —el rey parecía

trastornado—si es necesario, que otra persona dirija a los hombres. ¡Viggo!, eso es, hablaré yo con él—pero Gunnar levantó la mano, negando con la cabeza,

—No puedo evitar mi destino, nadie puede hacerlo—no podía decirle que la oscuridad crecía en su interior de tal manera, que agradecía poder irse sin causar daño a algún inocente. Metió la mano dentro de la camisa, y sacó dos pergaminos que entregó al rey—en caso de que muera, te ruego que te encargues de que entreguen esto a mis padres. No nos hemos vuelto a ver desde que me fui de casa. Mi madre me ha escrito, pero mi padre es demasiado cabezón para ceder —sonrió arrepentido—me temo que yo me parezco a él, pero les quiero a los dos, han sido buenos padres.

El rey alargó una mano algo temblorosa y tomó en sus manos las cartas de despedida de aquél gran hombre,

—Te juro que se las entregaré yo mismo—Gunnar se volvió a poner sus armas y se tomaron entonces por el antebrazo derecho para saludarse, saliendo en silencio de la tienda.

Dirigió el asalto como hacía siempre, con inteligencia y sangre fría. Como había predicho el rey, él iba el primero en la fila de los atacantes, cuando llegó ante el muro del castillo, se apeó del caballo, y cogió una de las escaleras de cuerda que habían conseguido enganchar en una de las paredes. Comenzó a subir deprisa, mientras sus hombres le seguían entre

gritos de furia, enardecidos por la valentía de aquél enorme vikingo.

Gunnar no veía nada, era noche cerrada, pero los defensores del castillo tampoco, no podían saber que él estaba allí. Fue pura mala suerte, que volcaran uno de los pucheros gigantescos de aceite caliente sobre él, y los asaltantes que le seguían. Gunnar gritó con todas sus fuerzas al sentir el líquido ardiendo. Luego cayó de la escalera hasta dar con su cuerpo en el suelo, pero no notó el golpe, se había desmayado a causa del dolor.

El rey gritó a los médicos hasta que hicieron lo que les ordenó, por fin Gunnar, su amigo, recibió los cuidados que necesitaba. Filip estuvo a punto de matar

a uno de ellos que estaban ante él, de un pueblo cercano, y que no quería curarle, porque decía que no sobreviviría. Pero en cuanto les amenazó con cortarles la cabeza, todos cambiaron de actitud, y se pusieron a trabajar. Esperó a que terminaran, como si fuera alguien de su familia, dos horas después, solo se acercó a verle uno de ellos,

—Majestad—se inclinó—hemos hecho lo que hemos podido, pero la parte izquierda de la cara, estaba muy mal. Si sigue el tratamiento que le hemos puesto, no le dolerá, pero desde la mejilla hasta la oreja y el cuello, tendrá unas terribles cicatrices. Al igual que en su mano izquierda,

El rey asintió, no le parecía tan grave, pensaba que moriría:

—Entonces, ¿vivirá?

—Sí majestad, es un hombre muy fuerte.

—Bien, habéis hecho un gran trabajo, os recompensaré con ello. Ahora quiero ver a mi amigo, ha llegado el momento de que se retire y sea feliz—el rey, ingenuo como siempre, se dirigió a la habitación de Gunnar, convencido de que, su amigo, tendría la vida de felicidad que deseaba para él.

DOS

Visby, Isla de Gotland, Suecia, 1117

Lynnae permanecía sentada en la cuneta, observando el amanecer. Terminó de hacerse una trenza con su largo pelo, que luego metió dentro del gorro de lana que se puso en la cabeza. Una vez hecho esto, estiró como pudo las arrugas de la camisa, y se levantó para mirarse en un trozo de cobre bruñido que le servía de espejo. Sonrió al verse, con el pelo oculto y los pantalones y la camisa tan grandes, parecía un adolescente al que le hiciera falta comer, pero desde luego, no una mujer. Cogió la bolsa donde guardaba sus pocas posesiones, y se volvió hacia su maestro que dormía todavía, agotado por

la caminata del día anterior.

—Maestro—susurró, estaba tan delgado y cansado que le daba pena levantarlo, pero no tenían más remedio que seguir andando. No habían comido nada el día anterior, hoy tenían que conseguir comer como fuera. El anciano, después de llamarle un par de veces más, abrió los ojos,

—¿Ya es la hora Lynnae? —ella asintió y cogió su mano, tirando de él con fuerza. Era la única manera de conseguir que se levantara últimamente. El anciano se tambaleó unos segundos, pero ella le sujetó hasta que se pudo tener de pie por sí solo. Le preocupaba mucho lo rápido que había envejecido en pocos días, llevaba siete años viajando con él por los caminos, pero nunca había estado tan

mal.

—¿Quieres un poco de agua? —Él asintió y ella le dio el pellejo en el que apenas quedaba un trago, lo bebió despacio, como si lo saboreara. Lynnae lo guardó en su bolsa y le cogió del brazo para situarle en el camino de tierra, y que comenzara a andar—vamos maestro, ya queda poco, llegaremos esta mañana ¡Eso es un paseo para nosotros!

Käresson, el anciano, mostró una sonrisa temblorosa, y comenzaron a caminar, afortunadamente no llovía, no había nada peor que la lluvia para viajar, por lo menos para ella. Era peor que el frío y el calor, si llovía ni siquiera podían dormir en la cuneta, como habían hecho esa noche. Un rato después, quizás una hora, vieron a lo lejos la muralla de Visby,

tal como esperaban, y un poco más allá, el mar. Dentro de la muralla estaba el castillo de Visborg, el único de la Isla de Gotland, y donde vivía el dueño de todas aquellas tierras. Les habían dicho en el sur, de donde venían, que allí todavía había trabajo, porque estaban reconstruyendo el castillo y necesitaban canteros.

—¡Mira, el mar! ¡Es maravilloso, siempre que lo veo me emociona!

—Si mi niña, tienes razón, pocas cosas en el mundo son tan impresionantes—Käresson, su única familia, que la había acogido cuando ella era una niña perdida de 10 años, ya solo podía andar apoyado en un bastón. Lynnae escuchaba, preocupada, su respiración agitada, aunque iban

despacio. Ya le había preguntado si quería descansar, pero él había dicho que no.

—Es más impresionante lo que tú haces con el cincel—bromeó. Él no sonrió, no como otras veces, su mano derecha no había dejado de temblar en todo el camino desde el sur. A pesar de que no había querido decirle nada a Lynnae, no sabía si podría seguir ganándose el pan con su oficio.

Se apartaron del centro del camino, al escuchar un estruendo de caballos galopando, que se acercaba cada vez más. Se quedaron de pie, esperando a ver quiénes eran. Lynnae, se mantuvo erguida bajo un árbol, junto al anciano que lo era todo para ella en la vida. Entonces pasaron frente a ellos tres jinetes, aunque

ella solo fue capaz de ver unos extraños y fríos ojos violetas, que parecieron sorprendidos al verla. De hecho, aquél enorme vikingo, consiguió girar la cabeza para volver a mirarla, antes de desaparecer de su vista.

Ellos continuaron su camino, a paso más lento del que ella hubiera querido, le daba miedo de que, en cualquier momento, Käresson no pudiera andar más. Pero hubo suerte, y llegaron a la entrada del Castillo de Visborg. Dieron el nombre que les habían facilitado en la otra punta de la isla, y un criado les llevó ante Äsmund, el senescal del castillo.

Era un hombre afable, grande y casi sin pelo. En cuanto vio a Käresson, hizo que se sentaran, enseguida pareció darse cuenta de que no habían comido

recientemente, porque les dijo,

—Iba a desayunar, ¿no querríais un vaso de leche y una rebanada de pan? — ella asintió sin preguntar, no podía resistir más sin tener algo en el estómago. Después de que aquél amable hombre les alimentara, en su propio despacho, les preguntó:

—Así que os manda mi primo, hace mucho que no le veo, ¿sigue sin casarse?

—No sé decirle señor, solo le conocimos porque estuvimos trabajando unas semanas para su señor. En una casa muy grande, donde mi maestro talló varias estelas rúnicas—señaló a su maestro que sonreía sin hablar.

—Entiendo, entonces ¿tu maestro es bueno en su trabajo?

—¡Claro que sí!, ¡el mejor! —sonrió

alegremente, lo que hizo que los dos hombres lo hicieran con ella. Siempre le habían dicho que su alegría era contagiosa.

—¿Y tú qué sabes hacer? —se encogió de hombros, segura de sí misma.

—Suelo ayudarle, pero también puedo fabricar las runas mejor que nadie, las que yo hago nunca se deslucirán ni se romperán al tirarlas. Y también se usar cualquier telar, puedo tejer ropa para cualquier persona, y me han dicho que mi tejido es de la mejor calidad. Y también puedo hacer collares y pulseras, las más bonitas—sus dientes blancos aparecieron en una sonrisa confiada. El hombre la observaba, sorprendido, por no haberse dado cuenta, enseguida, de la belleza de aquella chica.

Con los ojos dorados brillantes, y el cabello y la piel tan blancos, parecía una de aquellas valkirias, de las que todos habían oído hablar, y que pertenecían a la mitología del mundo antiguo. Lástima esas ropas que llevaba, se notaba que eran muy pobres.

—Mi niña puede hacer casi cualquier cosa, es muy lista y trabajadora—era las primeras palabras que decía el anciano, y lo hizo mirándola con un profundo cariño. Ella agachó la cabeza avergonzada, no estaba acostumbrada a los elogios. Y últimamente, su maestro se los concedía más que nunca. Äsmund les miró por última vez, y debió convencerle lo que vio,

—Está bien, mi primo tiene razón, necesitamos canteros, es cierto que mi señor está ampliando algunas partes del

castillo. Por otro lado, a mi señor, Gunnar, le gustan mucho las runas, y sé que quería buscar algún maestro, que le hiciera un juego especialmente para él.

—¿Echa las runas? — Äsmund asintió a la pregunta de Lynnae—es raro, no había sabido, hasta ahora, de ningún hombre que lo hiciera.

—Cuando las tiene en su poder, mejor alejarse, porque averigua todo lo que quiere saber sobre ti. —ella le miró sonriente, pero no parecía bromear.

—Está bien, os enseñaré vuestros cuartos, y mañana, os pondréis a las órdenes del maestro cantero. Si él está de acuerdo, podéis trabajar aquí por el pago del jornal normal. Comida y cama incluidos, por supuesto—Lynnae asintió casi sin respirar porque el corazón había

empezado a saltar en su pecho. No se podía creer que, de nuevo, tendrían comida y cama calientes, por lo menos una temporada.

Llamó a una criada que les enseñó las habitaciones de los dos, cada uno de ellos la compartiría con otras cinco personas. Lynnae aprovechó para preguntarle donde podía lavarse, la chica la miró despectivamente, de arriba abajo, y le señaló la puerta de la calle.

—Si sales del castillo y andas un trecho hacia tu derecha, hay un río que está muy limpio—se fue tras una risotada, pero Lynnae estaba acostumbrada a lavarse en aguas heladas, y a los desprecios de otras mujeres al ver su ropa. Estaban en primavera, el agua no podía estar muy fría, dejó a Käresson con

la promesa de que se iría a dormir, ya que el día siguiente, sería muy ajetreado. Ella con la bolsa que contenía lo poco que tenía en la vida, se fue a buscar aquel río.

Cogió un par de raíces de saponaria para lavarse con el jabón que hacían, y completamente desnuda, se adentró en el cauce del río. No era demasiado ancho, pero sí profundo, se metió en una parte del río que ocultaban unos árboles, para que nadie la viera. Sus cosas también las había escondido tras unos arbustos, por lo que nadie se daría cuenta de que estaba allí. Se sumergió y nadó alegremente, como hacía siempre que tenía oportunidad, era de las cosas que más le gustaba hacer. En ese momento se le iban de la cabeza todos los problemas y preocupaciones.

Gunnar paseaba nervioso por la ribera del bosque en dirección al castillo, no sabía qué le pasaba, había vuelto de la carrera con sus amigos galopando como un loco. Axel se lo había tomado como hacía todo, como una broma, pero Niels, su mejor amigo, se había enfadado con él, un momento antes en los establos. Habían discutido fuertemente, Niels decía que le entendía, pero que tenía que pensar antes de hacer esas locuras. Pero nadie que no fuera otro berserker que hubiera pasado lo mismo que él, podía saber lo que estaba pasando, era imposible.

Sentía que se ahogaba, no podía estar con gente, porque estaba siempre de mal humor. Por eso se iba a dar esos

paseos él solo, intentando calmarse. Había empezado a ocurrirle, antes de dejar la casa de sus padres, cuatro años atrás. Por eso se había ido, no quería que ellos vieran en lo que se estaba convirtiendo. Lo que todo berserker temía, estaba volviéndose loco, sin remedio. La oscuridad estaba creciendo dentro de él, hasta que terminara con lo que le quedaba de humanidad.

Su padre les había explicado desde pequeños, que la única forma de vivir en paz con el berserker, era encontrar a su andsfrende, la única mujer para ellos. Sólo una entre todas, era la destinada a aplacar a aquel monstruo que llevaban dentro. Su padre, antes que él, lo había sufrido, y había luchado contra la oscuridad, pero consiguió vencerla

cuando encontró a su mujer, Yvette.

Semejante maldición le acompañaba siempre, y no podía quitársela nunca de la cabeza. En un momento de debilidad, después de recuperarse de las fiebres que le produjeron las quemaduras, hizo caso al rey Filip, y tomó una concubina que le presentó él mismo. Gunnhild era bellísima, una buena mujer, y gobernaba su casa con justicia, pero no era la elegida. Aunque al principio tuvo alguna duda, hacía muchos meses que sabía que no lo era.

Escuchó un chapoteo en el río, y se escondió tras unos árboles para poder observar quién era. Pasaron unos segundos, hasta que pudo ver quién había llamado su atención.

Había una muchacha desnuda

bañándose en el río, se estaba lavando la cabeza, su pelo era largo y muy rubio, casi blanco. Y su cuerpo, esbelto y delicado, como si fuera una elfa de los bosques. Se quedó en su escondite, observando, por temor a asustarla.

Sintió el corazón agitarse, y el berserker se irguió, alerta, pendiente de ella. Intentó respirar despacio para tranquilizarse, la tenía muy cerca, como mucho a cinco metros. Jugeteaba hundiéndose en el agua como si fuera un pez, y reía al salir a la superficie, parecía disfrutar como una niña al hacerlo. Cuando salió en esta ocasión, se echó el pelo hacia atrás, y miró a los lados, quizás intuyendo que había alguien observándola. Gunnar, se encaminó, sin que ella le viera, al lugar de la orilla por

donde iba a salir. Mientras ella, con el agua por la cintura, se escurría el pelo con la cabeza agachada, él aprovechó para colocarse ante ella.

La muchacha al verle, retrocedió en el agua, y él la siguió, sin darse cuenta de que se estaba empapando, con la mano derecha levantada intentando tranquilizarla. La sangre le corría como fuego por las venas, tragó saliva, sintiendo un ardor extraño en el pecho. En ese momento entendió lo que su padre le decía, cuando le explicaba que, cuando conociera a su compañera, lo sabría. Se relamió los labios, al ver cómo se escurrían las gotas de agua por sus pechos. Sin darse cuenta de lo que hacía, se acercó a ella y con su dedo índice rozó uno de aquellos pezones del color de las

fresas, que se irguió rápidamente. Gunnar gruñó babeando literalmente, la agarró por la cintura para que no se escapara y se metió el pezón en los labios, chupando intensamente, haciendo que ella gimiera. Sabía que se comportaba como un animal, pero no podía evitarlo. Observó la cara de miedo de ella, e intentó que no sintiera temor, utilizando toda su fuerza de voluntad, separó la boca de aquella hermosura y la habló. Pero al hacerlo, su voz salió muy ronca, como si hablara alguien que llevaba callado demasiado tiempo:

—No tengas miedo, no voy a hacerte daño ¿cómo te llamas? —ella miraba hacia los lados buscando una salida, pero no había ninguna. De repente, perdió pie, y se sumergió, ya que

estaban en el centro del río, que era muy hondo. Él esperó a que saliera, pero no lo hizo enseguida, y se abalanzó, vestido como estaba, hacia ella para ayudarla. La sacaba un momento después, volviendo al lugar donde hacían pie. Lynnae estaba muy asustada, la expresión de él era como si quisiera devorarla. Se relamía como si ella fuera un trozo de carne tierno, y él estuviera hambriento desde hacía años.

La apretó la cintura dejándole marcas rojas en la piel, sin darse cuenta. De repente, la levantó en brazos y la tumbó en la hierba que había en la ribera del río. Enseguida se colocó encima, ella comenzó a patlear y a darle golpes con los puños cerrados. Él no sentía ningún dolor, era demasiado pequeña y débil,

pero no quería que se hiciese daño:

—¡Estate quieta! —Sujetó sus dos brazos con una mano por encima de su cabeza, y con la otra le acarició el cuerpo. Tiraba de sus pezones sin piedad, provocando que se alargaran y entonces él los chupaba sin descanso.

—¡No!, por favor, ¡suéltame! —no pensaba hacerlo, pero cuando miró sus ojos dorados, vio el reflejo de su cuerpo encima del suyo, prácticamente violándola, y se despreció. Ella le miraba como si fuera un monstruo horrendo, seguramente le daría asco, y odiaría su cicatriz. Se apartó de ella, utilizando las fuerzas que todavía le quedaban, a pesar de que el monstruo de su interior gritaba de agonía, porque la dejara escapar.

—¡Vete! —la gritó, ella salió

corriendo como si fuera una liebre. Él fue tras ella, para estar seguro de que no tenía problemas para llegar al castillo. Un poco más adelante, donde creía que él ya no la veía, se vistió, luego entró en la fortaleza.

Gunnar, con paso rígido, ya que estaba tan excitado que prácticamente no podía andar, se dirigió allí para hablar con Äsmund, él lo sabría todo sobre ella. Se aseguraría de que la vigilaran, y prohibiría que saliera del castillo sin su permiso. Por fin la había encontrado, su andsfrende, la única. Pero si antes su vida era un suplicio, el sufrimiento ahora era mayor, porque la sabía cerca, pero todavía no era de él.

No pararía hasta conseguir que ella fuera total, e irrevocablemente suya. Por

fin en su mente había aparecido, aleteando, la frágil esperanza de una vida normal.

TRES

Después de echar un vistazo a Käresson, y asegurarse de que dormía, decidió que, a pesar de las penurias que habían pasado los días anteriores, tendrían que irse de allí. No quería estar siempre asustada, esperando volver a encontrarse a aquel soldado, pero en el momento que lo pensó, se mordió los labios pensando en su maestro, no podía hacerle viajar. Estaba agotado, seguramente no soportaría otro día a la intemperie. Hablaría con el mayordomo que les había recibido el día anterior, y que le había parecido tan amable. Se durmió sin atreverse a salir de su habitación para buscar comida ni bebida, no quería encontrarse de nuevo con aquel

hombre.

Äsmund miró a su señor discretamente, nunca le había visto tan nervioso. Normalmente era un hombre bastante tranquilo, pero ahora parecía a punto de explotar. La petición le extrañaba, nunca le había hecho una petición parecida,

—Entonces ¿quieres que la vigilen?

—Gunnar afirmó muy tenso.

—No debe salir del castillo, si insiste en hacerlo, que la retengan y me avisen— su cara estaba rígida, lo que hacía que la cicatriz se tensara, pareciendo que su gesto fuera de maldad.

—No sé si el maestro cantero aceptará al anciano que la acompaña como trabajador, creo que está bastante enfermo—Alfred, que así se llamaba el

maestro, además estaba siempre malhumorado, y no trataba demasiado bien a sus aprendices. Pero se abstuvo de decirlo, no quería ser el responsable de que su señor, echase a nadie del castillo.

—Que le acepte si quiere seguir trabajando aquí. No quiero que nadie les ponga ningún problema, ¿Me has oído Äsmund?, y ahora hálame de ella, ¿en qué trabaja?

—Dice que, si su maestro no pudiera trabajar, ella puede sustituirle en su lugar como cantera. Y sabe hacer collares y pulseras—le miró atento—y runas

—¡De trabajar como cantera nada...!
—Dejó de hablar con la frase a medias, al escuchar lo de las runas, miró sorprendido al senescal. Todos conocían su afición a

echar las runas, y que se le daba bastante bien. Hacía años que andaba detrás de un juego bueno de runas, las suyas estaban muy gastadas y ya no le funcionaban como antes. Pero era muy difícil encontrar artesanos que las tallaran bien. Era un arte que se estaba perdiendo.

Era muy curioso que ella se dedicara a esto, además decían que los buenos talladores también tenían que tener un don, sino las runas que hicieran no serían mágicas,

—Está bien, mañana, cuando se levante, quiero hablar con ella. Que venga a verme después de desayunar, está muy delgada—Äsmund se preguntó cómo era posible que su señor supiera eso, con la ropa tan amplia que llevaba la muchacha, pero por su propio bien, volvió a cerrar la

boca.

—Por supuesto, y ¿si pregunta Gunnhild? —Gunnar intentó tranquilizarse, para no ponerse a rugir, a ver si conseguía que todo el mundo, dejara de meterse en sus asuntos.

—Si pregunta, dile que es cosa mía, ella sabrá si quiere pedirme explicaciones —Äsmund asintió extrañado de la dureza de Gunnar. Era de todos sabido que, de vez en cuando, iba con otras mujeres, pero siempre había respetado a su concubina.

Algo le había pasado con esa joven, que a él le había parecido tan inocente, y que hacía que Gunnar pareciera a punto de explotar. Fijó la mirada en la espalda de su señor mientras salía de su despacho, y con un suspiro, siguió

sumando las columnas de los gastos de la casa, para pasarlos a su libro de cuentas. Se avecinaban problemas, y de los gordos.

Lynnae se levantó antes de amanecer, tenía esa costumbre. No se atrevió a ir a la habitación de Käresson, porque todavía estaban los hombres que dormían con él, acostados. Bajó a la cocina, segura de que podía ayudar en algo, y así ganarse el desayuno de los dos. El olfato la guio hasta allí.

Era una habitación rectangular con un fuego muy grande, donde se estaba cocinando, en varios pucheros, el desayuno para todos los habitantes del castillo. Por otras casas grandes donde había estado, sabía que nunca venían mal un par de manos para ayudar.

—Buenos días—se quedó en la entrada, sin pasar hasta que no la saludaran. Las cocineras solían ser feroces, si pensaban que estabas entrando, sin invitación, en sus dominios. Se volvieron hacia ella una mujer mayor, gordita y de su misma estatura, es decir, baja, y una chica que sería aproximadamente de su edad, muy delgada, y que les sacaba una cabeza.

—Buenos días ¿quién eres? —el saludo hizo que se decidiera a entrar, entonces la cocinera volvió su atención, a los torreznos que estaba friendo en una sartén. A su lado, en una olla, hervían lentamente unas gachas. El olor de todo estaba haciendo que se le hiciera la boca agua.

—Me llamo Lynnae señora. He

venido con mi maestro, es cantero. Yo también voy a ayudar a tallar las piedras— a la cocinera no le pasó desapercibida la mirada de hambre, casi dolorosa, que aquella joven dirigió a sus gachas.

—Yo soy Seren, la cocinera, y para hacer eso, necesitarás comer algo. Tráeme un cuenco de allí, y te serviré unas gachas. Estás muy delgada—se giró a su izquierda, hacia la muchacha que tenía al lado—esta es mi ayudante Nylsa, también está muy delgada—Lynnae asintió y la saludó.

—Hola Nylsa—esperó que la contestara, pero la chica solo la sonrió, y siguió pelando patatas que cogía de un cubo.

—No esperes que mi Nylsa te conteste—sonrió a la chica con cariño—

no habla desde hace unos años, pero entiende todo, no creas que es sorda.

—Está bien—cogió el cuenco y se lo acercó a la señora, que lo llenó casi hasta el borde. Volvió a cogerlo ahuecando las manos alrededor, sintiendo su calor con alegría. Era la primera vez que comía caliente en días—cuando me lo coma, ¿puedo llevarle un cuenco a mi maestro?, no se encuentra muy bien...—la cocinera la miró, extrañada de que hubieran contratado a un cantero enfermo. Asintió distraída, luego hablaría con el mayordomo, le parecía todo algo raro.

Cogió una cuchara del montón que había junto a los cuencos, y comenzó a comer de pie, en un rincón, intentando no molestar. Estaba saboreando la primera cucharada, cuando escuchó la voz de

aquella mujer regañándola:

—¿Qué haces de pie?, siéntate, aunque sea un momento. Ahora no hay nadie por aquí, a quien le pueda molestar que lo hagas. Nylsa y yo siempre comemos sentadas, ¿verdad Nylsa? —la muchacha se rio escondiendo la cara, como si fuera una travesura de las dos.

Terminó el cuenco, se acercó al cubo de fregar y lo dejó, limpio y seco junto con la cuchara, en el montón de cuencos limpios que había para que se fueran usando.

—Muchas gracias señora, voy a ver a mi maestro, si no os importa—la cocinera asintió, Lynnae luego se dirigió a la chica—Hasta luego Nylsa, espero que otro día podamos estar un rato juntas—las saludó con la mano y se fue.

Subió las escaleras, ya había amanecido, y todos se habían levantado. Era el momento de desayunar y comenzar a trabajar. Llamó a la puerta por si acaso había alguien más con él, pero contestó Käresson, su voz se escuchaba muy débil,

—¿Cómo te encuentras? —se le hundió el ánimo al ver su cara, tenía unas bolsas oscuras y muy grandes bajo los ojos. Se acercó sonriente, él intentó incorporarse,

—Perdona hija, no me encuentro demasiado bien—ella apuró los dos últimos pasos, para evitar que se moviera —no quería decirte nada anoche, pero no creo que hubiera resistido más tiempo andando—ella asintió, confirmaba lo que intuía.

—No te preocupes maestro, tranquilo. Afortunadamente aquí hay buena gente. Hablaré con el mayordomo, fue muy amable, ¿no es verdad? —cogió su mano nudosa, que solo la había tratado con cariño, y la besó poniéndola luego en su mejilla. La había acogido cuando era una huérfana que vivía en la calle, y había compartido con ella su escasa comida. Él le había enseñado su oficio, todo lo que sabía, cuando todavía era muy bueno en su trabajo. Pero desde hacía un par de años, por su edad y la salud, les echaban de todos los sitios, y estaban la mayor parte del tiempo en la calle.

—Sí que lo fue—corroboró. Notó que se le cerraban los ojos por cansancio. Por un momento se le pasó por la cabeza

qué haría cuando él no estuviera, pero respiró hondo para no derrumbarse ante él.

—Te dejo entonces, ¿quieres que te suba algo de desayuno? —él hizo un gesto para que le dejara dormir, ella asintió y se fue.

Salió de las habitaciones de los sirvientes despacio, pensativa, no tenía más remedio que quedarse. Intentaría pasar desapercibida, para que no volviera a encontrarla aquel hombre. Se desorientó un momento al ir al despacho del mayordomo, porque el castillo era enorme, y parecía un laberinto, pero finalmente pudo llegar. El día anterior estaba demasiado cansada para fijarse en la habitación, era una estancia no demasiado grande, pero cómoda, y

estaba junto en el medio entre las habitaciones de los señores y de los criados. Imaginaba que, como su posición, ya que el mayordomo no era un señor, pero tampoco era un criado como tal.

Llamó a la puerta preocupada por lo que pudiera pasar, cuando le contara la gravedad de Käresson, no sabía si les echarían. Ella haría lo que fuera para evitarlo, y, además, necesitaba que le viera un médico. En los castillos solía haber uno, pero era para el cuidado únicamente de los señores. Para los criados, normalmente, había alguna mujer que sabía de hierbas, con algo de suerte. El hombre le contestó que pasara y pareció sorprendido al verla, no estaba tan sonriente como el día anterior. Se

sintió algo nerviosa, inspiró profundamente y habló, antes de perder el valor:

—Buenos días señor Äsmund, mi maestro está enfermo, no puede levantarse—antes de que le dijera que se fueran de allí, continuó hablando intentando convencerle—pero no se preocupe, yo haré su trabajo. Soy fuerte, aunque no lo parezca. Le aseguro, que puedo hacerlo—se quedó de pie, aguantando la mirada del mayordomo, que no dejaba traslucir sus pensamientos. Por fin, él asintió, ella estaba muy sorprendida de que aceptara tan fácilmente,

—Está bien, ¿quieres que le vea la señora Seren?, es la cocinera, y sabe de hierbas y remedios—asintió respirando

agradecida.

—Sí, por favor. Entonces, iré a trabajar, si me dice dónde están los canteros—conocía la importancia de ponerse a trabajar en cuanto amanecía, y que un retraso era suficiente para que te echaran del trabajo.

—Antes de eso, el señor quiere hablar contigo, está en la habitación siguiente. A primera hora suele pasar un rato con sus libros—se calló, estaba hablando demasiado. La muchacha pareció nerviosa, no era habitual que el señor del castillo, quisiera conocer a un aprendiz,

—Está bien—no podía decir que no, su maestro necesitaba cuidados, y los pagaría aquel desconocido,

—Cuando termines, a menos que el

señor te diga otra cosa, ven por aquí, y te daré instrucciones para tu trabajo con el maestro Alfred—Lynnae asintió, y salió de allí con un torbellino dando vueltas en la cabeza.

Llamó a la puerta que le había dicho el mayordomo y enseguida le dijeron que pasara,

—Cierra la puerta—ella lo hizo y con algo de curiosidad, miró hacia el lugar de donde venía aquella voz, pero no podía verle, ya que estaba sentado en un rincón oscuro de la habitación. Se quedó junto a la puerta, comenzando a sentirse asustada.

—Acércate—ella lo hizo, se acercó hasta el escritorio, lleno de libros y papeles. Durante unos instantes, observó todo aquello, impresionada—¿sabes leer?

—ella asintió—es extraño ¿cómo has aprendido?

—Me ha enseñado mi maestro—
alargó la mano hacia uno de ellos, y
comenzó a leer el título. Le costaba un
poco, porque no solía hacerlo,

—El li-libro de las...es-estrellas fijas
—le miró interrogante, bueno, miró hacia
donde él estaba sentado.

—Eso es, ¿te gustaría leerlo? —ella
retiró la mano rápidamente escondiéndola
tras la espalda. Los libros eran muy caros,
y su robo se consideraba un crimen muy
grave.

—No señor, no hace falta, muchas
gracias—le pareció escuchar una especie
de maldición, pero no entendió lo que dijo

—Llévatelo y léelo, quiero que lo
hagas—ella alargó la mano dudando, la

tentación era tan grande...

—¡Cógelo! —Lynnae lo hizo y lo acunó entre sus estropeadas manos, contra su pecho, como si fuera un tesoro —cuando lo leas, me contarás lo que te parece—ella asintió—otra cosa, me ha dicho Äsmund que sabes tallar runas. Necesito un juego entero, de las extensas, para mí. Dime qué material necesitas para tallarlas y lo tendrás, te recompensaré bien.

Ella miró hacia la oscuridad, pero era imposible ver nada, la habitación no tenía ventanas, solo había un fuego junto al escritorio, y su luz no llegaba a donde él estaba sentado.

—Normalmente, necesito, tocar las manos del echador de runas—se encogió de hombros—aunque, hasta ahora solo

las he fabricado para mujeres. Es para saber con qué material trabajaría mejor.

—Acércate entonces—ella dejó el libro un momento en el escritorio, y lo hizo. Antes de que pudiera acercarse demasiado, él alargó las manos,

—Sólo la izquierda, la más cercana al corazón—ella tomó aquella enorme mano, entre las suyas, sintiéndose abrumada por su fortaleza. Cerró entonces los ojos, y vio un lobo solitario, frunció el ceño sorprendida, no solía ver animales. El lobo la miraba con tristeza, alargó la zarpa hacia ella. El corazón del lobo era grande y valiente como el de..., soltó la mano mirándola con los ojos abiertos de par en par,

—Señor, el mejor material sería de colmillo de jabalí—dio dos pasos atrás,

decidida a salir de allí, tenía que pensar en lo que había visto antes de hablar de ello.

—¡Espera!, no creo que eso sea lo que has visto realmente, dime qué ha sido —Gunnar había notado una vibración entre los dos, estaba seguro de que ella también lo había sentido—¡Habla! — insistió.

—Señor, es una tontería, no sé por qué he pensado eso...—al ver que él no iba a desistir, explicó la locura que había pasado por su cabeza—por un momento he pensado que, los colmillos que necesitaríais sería los de una bestia salvaje, más grande que ninguna otra que hayamos visto nunca, con el corazón más grande y más valiente del mundo. Si tuvieras unas runas fabricadas de ese

material, veríais el futuro mucho más claro, nada escaparía a vuestra visión. Lo he visto, pero no sé qué animal es, seguramente no existe.

—¿Cómo eran sus colmillos?

—Muy largos, del tamaño de una persona, y tiene dos, le sobresalen por la boca bajando hacia el suelo...—Gunnar la miraba a punto de abalanzarse sobre ella, notó como sus uñas se alargaron clavándose en la silla.

El que Lynnae fuera capaz de ver en su interior, aunque ella no lo supiera, confirmaba quién era para él. Se agarró con fuerza a los brazos de la silla, para evitar saltar hacia ella.

—Ese animal existe, y casualmente, tengo un par de colmillos de uno de ellos. Más adelante, te daré uno para que

fabriques mis runas, y más cosas. Vete ahora, si quieres—ella asintió, pero antes de salir cogió el libro, lo que hizo que él sonriera. Sí que le gustaba leer, a pesar de lo asustada que estaba, se había acordado de cogerlo.

Cuando Lynnae salió, se irguió en la silla echándose hacia delante pensativo, si no le hubiera ocurrido, no se hubiera creído jamás que ella pudiera reproducir en su cabeza la imagen de un elefante, sin haberlo visto jamás. Él solo lo había visto en dibujos, y años atrás, había conseguido un par de colmillos en una de sus incursiones.

Lynnae, sobrecogida, volvió a entrar en el despacho de Äsmund, después de pedir permiso para hacerlo,

—Señor, ya estoy aquí, ¿puedo ir ya

a trabajar? —Äsmund observó con cuanto afán sujetaba el libro contra el pecho, y el aspecto de asustada que tenía,

—Por supuesto, están en el patio de atrás, allí están todas las piedras por pulir, cuando las van terminando, traemos más de Lund, allí han llevado muchas para la catedral. Hablaré primero con el maestro cantero, tiene un carácter un poco difícil, se llama Alfred. Cuando salgas dile al primer criado que veas, que venga—ella asintió.

—Sí señor, mientras, iré a buscar mis herramientas—el mayordomo asintió, ella casi se echó en brazos de un criado que la miró atónito, y le dijo corriendo que le llamaba el mayordomo. Siguió corriendo hasta recoger sus herramientas, y con la bolsa, se acercó de nuevo a ver a su

anciano, pero seguía dormido.

Había salido corriendo porque quería hablar con la cocinera antes de ir a trabajar, necesitaba estar segura de que cuidarían a su maestro mientras no estuviera. Una vez tranquilizada por la buena mujer, que le dijo que se marchara tranquila, se acercó de nuevo al despacho del mayordomo y llamó a la puerta. Entró disculpándose, era evidente que al maestro cantero no le había sentado bien las noticias. Se giró hacia ella con una mirada burlona, despectiva. Era un hombre esquelético, de estatura normal, pelo estropajoso de un indefinido color marrón y ojos claros, casi transparentes.

—No creo que esta cría pueda con esas piedras—Lynnae se mordió la lengua, había visto la expresión del

mayordomo. Parecía harto de quejas, la miró con el ceño fruncido,

—¿Tú crees que podrás con el trabajo? —ella asintió sin ganas de discutir, se jugaba demasiado.

—Está bien Maestro Alfred, no quiero oír nada más, y tampoco que haya problemas con los aprendices ¿de acuerdo? —el maestro asintió con una mirada altiva y salió de allí. Ella le hizo un gesto de despedida a Äsmund y salió detrás de él casi corriendo, para poder seguirle el paso. Le parecía que su día no empezaba demasiado bien.

CUATRO

Gunnar picoteaba el cerdo, perfectamente guisado, que habían cocinado especialmente para él esa mañana. Era su plato preferido, y normalmente se lo terminaría rápidamente. Pero estaba distraído, la extraña conversación que acababa de mantener con ella, no dejaba de rondar por su cabeza. Analizaba todos sus gestos y lo que le había dicho, le gustaría estar solo para poder pensar tranquilamente, pero no quería llamar la atención sobre ella, antes de tiempo.

Levantó la mirada de su plato, Gunnhild le hablaba de la próxima fiesta

que iban a dar, más alegre de lo que la había visto en meses. La observó atentamente, era una mujer muy hermosa, morena como él, y con los ojos rasgados, de un tono marrón muy bonito. Su estatura era cercana a la suya, era muy alta, y tenía la figura que le gustaban en las mujeres, con curvas acentuadas. Era agradable y educada, para él casi no tenía defectos, sólo uno, pero insalvable. Que, a pesar de todos sus intentos, no la quería. La deseaba, sí, y hubo un tiempo en que ese deseo le hizo pensar que podría tratarse de algo más. Ahora se arrepentía de haberse unido a ella.

Miró distraídamente por la ventana, y vio, por casualidad, a la muchacha en la que no podía dejar de pensar, siguiendo al maestro cantero. Él no le hacía caso, y

parecía ir lo más deprisa posible, quizás para que le costara seguirle. Encajó la mandíbula enfadado, decidido a ir a hablar con Äsmund, ya que parecía que no había escuchado sus órdenes. Se levantó corriendo la silla bruscamente, Gunnhild le miró sorprendida,

—¿Has terminado? —Él asintió furioso, y salió de la sala común caminando deprisa,

Abrió la puerta sin llamar, y la puerta dio contra la pared, el mayordomo se asustó, y de su pluma de ave cayó una gran mancha de tinta, en la hoja de cuentas que estaba escribiendo. La miró con pena y posó, con cuidado, el paño que tenía para tales situaciones encima, lo levantó poco después y observó, apenado, la mancha azul clara que había

quedado en la hoja. Luego levantó la vista hacia su señor, deseando haber tomado los hábitos como fraile escribiente en algún monasterio lejano, donde hubiera sido mucho más feliz.

—Dime Gunnar, parece que hay algo que te molesta esta mañana—su ironía en estas ocasiones le resultaba muy agradable, en la misma medida en la que solía molestar a las personas con las que hablaba.

—¡Acabo de verla andar detrás del cantero!, ¿no he hablado con claridad?, no quiero que trabaje en eso, que haga collares o runas, o lo que quiera, ¡pero eso es demasiado trabajo para ella! —le miró enfurecido. Pero el mayordomo no se asustaba, así como así. Había lidiado con él otras veces, y sabía que no solía

morder.

—Gunnar, nadie le ha dicho nada, es lo que ella quiere hacer. El anciano está enfermo, y ella sabe que tiene que trabajar por los dos.

—¡Eso no es necesario!, hablaré con ella—se dio la vuelta, enfadado y deseando hacer algo violento.

—Gunnar, señor, si me permites—susurró, sabía que cuando se encontraba así, lo mejor era hablarle con tranquilidad. Gunnar se quedó quieto, a punto de abrir la puerta, por eso continuó hablando—si le dices que no tiene que trabajar, la chica pensará que pasa algo raro, y puede que se vaya. Déjale que haga su trabajo, por lo menos unos días, y luego veremos lo que ocurre. La situación es delicada.

Gunnar entonces sí se volvió, y le

dijo, con expresión sincera y triste, ya que sabía a quién se refería:

—Lo sé Äsmund, créeme que lo sé. No quiero hacer daño a nadie—los dos sabían que hablaba de Gunnhild—lo he pensado toda la noche, pero no sé qué hacer. Lo que no puedo permitir es que se vaya—suspiró y se pasó la mano por el pelo furioso—pensaré cómo actuar, para intentar hacer el menor daño posible. Pero una cosa es segura Äsmund, ella es mía, y no tardaré mucho en reclamarla como tal. Mi cuerpo y mi alma lo exigen—se dio la vuelta y, esta vez sí, salió de la habitación.

Äsmund sintió como un escalofrío le recorría el cuerpo después de ver los ojos de su señor, durante unos segundos habían cambiado de color, y se habían

vuelto intensamente azules. Sus ojos normalmente eran de un extraño color violeta, pero prefería ese color a aquél atemorizante azul, que parecía salido del mismo infierno.

La habían colocado junto a dos aprendices de cantero, dos chicos de unos catorce años que la miraban asombrados, por su expresión no habían visto nunca a una chica con un martillo y un cincel. Ella estaba acostumbrada a esas miradas y golpeaba, sin hacer caso, la piedra que le había tocado, y que estaba apoyada en una columna para que no tuvieran que agacharse. Albert, el maestro cantero, estaba de pie a su espalda, vigilando los posibles defectos que pudiera cometer. Gunnar, que

acababa de llegar, se apoyó en la pared que daba a la cocina, donde ella no podía verle, y cruzó los brazos mirándola. Nadie diría que, bajo aquellas ropas informes se ocultaba un cuerpo hecho para el amor. Ella seguía inmersa en su mundo, alisando la cara de una de las piedras, que luego se usarían para ampliar su castillo. Gunnar, se dio la vuelta repentinamente, y salió de allí. Se cruzó con uno de los muchachos que traían agua del río, y que se apartó pálido al verle, todos le miraban así por la cicatriz, estaba acostumbrado. Respiró hondo intentando calmarse, quizás una buena galopada a caballo lo tranquilizara.

Lynnae estaba concentrada, podía hacer ese trabajo fácilmente, era casi lo primero que había aprendido a hacer.

Para que quedara perfecta, utilizaba las reglas que su maestro le había regalado hacía mucho, y que cuidaba como el resto de sus herramientas, como sus posesiones más valiosas. Los otros aprendices, estaban asombrados al verla utilizarlas, ya que ningún aprendiz las usaba. Normalmente todos allanaban a ojo, motivo por el que el trabajo no salía perfecto.

Alfred, rondaba a su alrededor intentando sacar defectos a su trabajo, pero ella estaba tranquila, trabajaba cuidadosamente, y procurando que no le afectara tenerle pegado a la espalda, en ocasiones echándole el aliento en el cuello.

Pasadas un par de horas se sintió algo débil, por no haber comido nada

aparte de las gachas de esa mañana. Normalmente no tendría hambre a esas horas, pero hacía días que no comía como era debido. Además, sentía la espalda como si le ardiera de dolor, pero levantó la cabeza estirando los hombros, y continuó con su trabajo.

El resto de aprendices, más acostumbrados, trabajaban cómodos, sin sentir ninguna molestia. Ella tenía que seguir el mismo ritmo, y lo hizo. Alfred, el maestro, les miraba a todos y más que nadie, a ella, con ojos de halcón. Eso hizo que redoblara sus fuerzas, y continuara. Acabó completamente la primera piedra, y preguntó a quién tenía que avisar para que la movieran, ya sabía que los aprendices no cargaban con las piedras. Pero Alfred le contestó que tenía que ser

ella misma, ya que aquí, los demás aprendices las movían solos.

Ella nunca había levantado una piedra tan grande, los chicos la miraban como si les diera pena. Luego se enteraría de que ellos tampoco las movían, pero a Alfred ella no le gustaba.

Lynnae dejó sus herramientas en la bolsa, e inspiró hondo, intentando levantarla, no miró a Alfred, porque sabía que se estaba regodeando. En un primer intento no pudo levantarla, entonces lo intentó una segunda vez, y consiguió hacerlo, pero sintió un dolor tan fuerte en la espalda que pensó que se había roto algo. Por un momento estuvo a punto de dejar caer la piedra, pero la llevó, como pudo, hasta el montón de las que ya estaban trabajadas.

Cuando vio las que quedaban en bruto, sintió que se desmayaría si tenía que volver a levantar otra. Afortunadamente, el maestro sopló la caracola, sonido con el que se ponía fin a la mañana. Los chiquillos salieron corriendo, y Alfred también, después de echarle una mirada despectiva.

Ella recogió sus herramientas, moviéndose como si fuera una anciana, y cuando se enderezó, ahogó un gemido de dolor. Sólo podía andar encogida, al quedarse fría después del esfuerzo de levantar la piedra, el dolor, ahora, era mucho más fuerte. Con su bolsa sujeta contra el pecho, entró en la cocina arrastrando los pies.

Gunnar daba paseos como un león enjaulado, no podía seguir así mucho

tiempo. A pesar de haber ido a galopar, y luego al pueblo a beber con Axel y Niels, estaba muy nervioso, como si hubiera pasado algo. Sentía que ella le necesitaba, se acercaría al patio a verla, para estar seguro de que estaba bien. Mientras caminaba hacia allí, escuchó un grito que le llegó al alma. Aceleró el paso hasta que comenzó a correr. En la puerta de la cocina, se quedó parado al observar lo que estaba ocurriendo,

Ella lloraba en brazos de Seren, que intentaba calmarla. Estaban solas, se acercó a ella sin pensar, pero Lynnae al verle se tensó en los brazos de la anciana, lo que hizo que volviera a gritar de dolor.

—¿Qué le pasa? — el que la hubiera hecho daño lo pagaría, apretó los dientes,

a punto gruñir como un animal furioso. Seren le miró, asombrada al ver su cara, nunca le había parecido un hombre violento, pero ahora parecía capaz de cualquier cosa. La cicatriz estaba contraída, haciendo que la mitad de su cara aparentara sonreír, de manera siniestra. Sus ojos se entrecerraban enviando promesas de venganza, envueltas en un azul tan brillante, como no había visto nunca.

Sus ojos le llamaron poderosamente la atención, su color hizo que se le pusiera la piel de gallina. De repente, Gunnar comenzó a enseñar los dientes, emitiendo una especie de gruñido. Lynnae temblaba al verlo, la cocinera intentó mantener la cabeza fría. Afortunadamente, Nilsa estaba limpiando

la despensa, si no, se moriría de miedo.

—Señor, Gunnar, por favor—él seguía mirando a la muchacha, que hacía fuerza a pesar de sus dolores, para escaparse de los brazos de la anciana. Pero ella no podía dejarla ir, ya que su señor parecía decidido a llevársela, o eso parecía, y cualquiera sabía con qué intenciones.

—Señor, está enferma, llora porque sufre fuertes dolores, no puede aguantar de pie. Es urgente que la acostemos —él asintió y comenzó a andar para salir de la cocina.

—Ven—Gunnar, le hizo un gesto para que le siguiera. Ella lo hizo, sujetando casi todo el peso de aquella pobre chica, que no pesaba más que un pajarillo. Lynnae se resistió unos

momentos, hasta que le dijo cariñosamente:

—Tranquila, le conozco bien, no pasará nada, sólo nos va a acompañar— Lynnae respiraba profundamente, intentando tranquilizarse para evitar la mayor parte del dolor, sin conseguirlo. Nunca había sentido nada parecido, era como si alguien le estuviera clavando un cuchillo en la espalda.

Se sentía peor desde que había visto al hombre, que había intentado asaltarla el día anterior. Aunque no había escuchado toda la conversación, se había dado cuenta de que no era un soldado, como había pensado al principio, sino el dueño de la casa. Seren le había llamado señor en varias ocasiones.

Entonces debía ser el mismo con el

que había estado hablando unas horas antes, y que le había dejado el libro que llevaba en su bolsa. La cabeza le daba vueltas por el descubrimiento, intentando adivinar qué pretendía él. La tensión que sentía hacía que empeorara el dolor de la espalda. De repente, su pierna izquierda le falló, y cayó, sin que la anciana pudiera sujetarla. Quedó arrodillada, con las manos apoyadas en el suelo, y las lágrimas corriendo, ardientes, por sus mejillas.

Gunnar se agachó ante ella, y, con ternura, acarició su cara, ella le observó llorando. En ese momento solo podía ver su parte del rostro bueno, la otra, la quemada, la ocultaba ante ella poniéndose de lado, como si le avergonzara. Miró sus ojos sin poder

evitar temerle, y le pareció ver dolor en ellos, al observar su reacción. Se sintió confusa, todo lo ocurrido, unido a la debilidad por no haber comido nada excepto las gachas de esa mañana, y el tremendo dolor que seguía sintiendo, hizo que le diera un mareo y que tuviera que agachar la cabeza.

Hubiera caído de bruces al duro suelo de piedra, si no hubiera sido por Gunnar que la cogió entre sus brazos. Se levantó con ella, sin esfuerzo ninguno, feliz de poder llevarla así, aunque fuera en esas circunstancias. Siguió andando hasta la habitación que había junto a la suya, y que tiempo atrás había utilizado Gunnhild. Hacía meses que se había cambiado a otra que estaba al otro lado de la casa, porque decía que había más

luz. Él sabía que el verdadero motivo era que no quería tenerle cerca, porque estaba enfadada con él.

Por fin entraron en la habitación, Seren se mordía los labios preocupada por lo que diría la señora, si se enteraba de a quién había alojado allí el señor. Todos sabían que entre ellos no había relaciones íntimas, aun así, Gunnar nunca le había parecido tan cruel como para meter una mujer a la que deseara en casa, y menos en la habitación contigua a la suya. Pero desde hacía tiempo, estaba desconocido, no era el mismo hombre para el que había empezado a trabajar años atrás.

Gunnar, con la muchacha en brazos, junto a la cama, le dijo:

—Cierra Seren—la anciana lo hizo,

y, ante un gesto de él, abrió la cama para que él pudiera acostarla.

—Hace frío, encenderé el fuego—la mujer asintió preocupada por el aspecto de la muchacha, no abría los ojos, parecía haberse desmayado en brazos de Gunnar, quizás por el dolor. Aprovechando que el hombre estaba de espaldas, la desnudó como pudo, e intentó ponerla de lado, pero, aunque estaba muy delgada, no podía, tenía las manos demasiado débiles por la edad.

Gunnar la sorprendió de nuevo hablando con aquella voz profunda, que parecía que no le pertenecía:

—Déjame a mí—se puso en el lugar de ella y la colocó, de la manera que la anciana quería. Luego la arropó de nuevo, como el mejor de los padres haría

con un hijo—Seren le miraba boquiabierta, ladeó la cabeza para volver a ver sus ojos. Seguían llenos de esas chispas que parecían fuego azul, pero, además, transmitían posesividad y un extraño anhelo. La anciana no entendía nada, pero no era quien para preguntar qué ocurría allí.

—Iré a por la infusión de corteza de sauce—dudó un momento antes de preguntar—¿te quedas aquí con ella? No es necesario, yo vengo enseguida—La cara de él seguía dominada por alguna emoción profunda, no creía que fuera lo más adecuado que se quedara, a solas, con aquella chica indefensa en la habitación. Pero él le echó una mirada que hizo que se echara a temblar, y saliera de allí. El vikingo continuó

encendiendo el fuego, cuando estuvo seguro de que no se apagaría, se puso en pie de nuevo, y se acercó a la cama.

Estaba demasiado pálida, frunció el ceño al pegarse a la cama para observarla fijamente, se agachó y olió su pelo. Inhaló profundamente, sí, era ese olor el que lo estaba volviendo loco. Le atraía como nada lo había hecho antes, nunca hubiera pensado que el sentimiento de posesividad y de deseo sería tan fuerte.

Su padre, Erik, le había avisado, hablándole sobre lo que sentiría hacia su compañera, si tenía la dicha de encontrarla. Y que se preparara, porque no era parecido a nada de lo que hubiera sentido hasta ese momento.

Lynnae gimió aún sin despertar. Él acercó la mano a su cabeza y la acarició

suavemente, ella entonces relajó su expresión, y el hombre sintió como si hubiera conseguido una hazaña. Su vida era un lío y tendría que solucionar muchas cosas, pero lo que estaba claro, era que estaban destinados el uno al otro.

CINCO

—Ya estamos aquí—Seren entró seguida de Nilsa, a la que había pedido que le acompañara. Aunque nunca lo reconocería, estaba algo asustada por la actitud de Gunnar. Traían varios frascos y cuencos, que dejaron en la mesa, junto al fuego. Él asintió y decidió dejarlas tranquilas para que pudieran trabajar, además, había algo que quería aclarar antes de que pasara más tiempo.

Alfred ya estaba en el patio, revisando los trabajos que habían hecho sus aprendices un rato antes. Los muchachos todavía no habían llegado. Al ver al señor, se quedó rígido, y esperó junto a la montaña de piedras, a que

Gunnar le dijera lo que quería. Se inclinó ante él, con cara de preocupación. No era tranquilizador que el dueño del castillo se acercara a verle, normalmente cualquier tema de su trabajo, lo trataba con Äsmund, el mayordomo.

—Tú eres Alfred ¿no? —el hombre asintió sin atreverse a hablar, Gunnar siempre le había dado bastante miedo. Pero la cara que tenía hoy, era la peor que le había visto.

—¿Qué ha ocurrido esta mañana con Lynnae? —el maestro cantero pareció confuso, como si no supiera de quien le estaba hablando. Gunnar, impaciente, siguió preguntando—te lo preguntaré de otra manera, ¿Ha tenido algún accidente aquí, mientras estaba trabajando? —después de preguntar, se

fijó que el pedestal en el que trabajaba ella, estaba vacío, sin piedra. Le extrañó, eran unas piedras enormes de granito, que debían ser increíblemente pesadas.

—No ha ocurrido nada señor, ha estado trabajando aquí, pero es muy floja. Es la primera vez que veo a una muchacha que se dedique a este trabajo, la he tratado como a todos los aprendices, si os ha ido con algún cuento diciendo lo contrario...—Gunnar le interrumpió, controlándose para no golpearle. La culpa era suya, la había puesto en peligro, poniéndola a trabajar a las órdenes de aquél idiota.

—Sólo cuéntame qué ha ocurrido— no creía poder soportar mucho más, el hombre debió notar que era mejor para su salud no mentir,

—Señor, ¡le digo la verdad! —su voz sonó muy aguda, como si comenzara a pensar que no iba a salir bien librado de la situación—lo único que noté extraño, fue que parecía que le costaba mucho dejar la piedra, que había terminado de igualar, en el montón. Luego ya era hora de comer, y nos fuimos todos, por lo que no puedo decirle más—Gunnar miró atónito el montón de piedras, a un hombre fuerte le costaría levantarlas.

—¿La hiciste llevar la piedra a ella misma? —avanzó hacia el hombrecillo decidido, pero alguien sujetó su antebrazo. Niels, su amigo, le echó una mirada tranquilizadora, con los ojos grises como el acero. Era un hombre calmado, rubio y alto, aunque no tanto como Gunnar, y que probablemente sería la

única persona que se atrevería a interponerse en su camino, cuando se encontraba así.

—Amigo ¿qué te pasa? —Niels conocía sus circunstancias, ya que él también provenía de un largo linaje de berserkers. Reconoció, enseguida, que estaba a punto de atacar, por lo que ordenó al hombre:

—¡Váyase! —Alfred, salió corriendo sin atreverse a dudar de la orden, y sin mirar hacia atrás. Gunnar gruñó furioso hacia su amigo, enseñando los dientes. Con la mejilla quemada retorcida por la cicatriz, parecía un demonio a punto de atacar. Niels, a pesar de conocerle y saber lo que le ocurría, temió tener que pelear con él, pero aguantó firme frente a él, intentaría hacerle razonar,

—Gunnar—le habló bajito, intentando que se calmara—escucha, no puedo dejar que te desahogues con ese hombre, ahora mismo no piensas con claridad, lo sabes. Cuando seas tú de nuevo, haz lo que quieras con él. Por mí como si lo matas, seguramente tendrás razón. ¿Esto es por la chica? —Gunnar asintió y masculló algo, Niels entendió algo parecido a “enferma” y “culpa de ese imbécil” Gruñía como un animal salvaje, que estuviera sufriendo un gran dolor.

Estas palabras confirmaron lo que se imaginaba hacía tiempo, que Gunnar luchaba contra la oscuridad. Estaba muy preocupado por él, lo había visto más veces. De donde él venía, en Noruega, eran habituales las luchas entre berserkers oscuros, a los que ya les daba

igual morir. Eran casi un deporte. Sabía, además, por la experiencia de su familia, cuál era la única solución a ese problema.

—Gunnar, vamos dentro—su amigo asintió, algo más tranquilo.

Entraron por la cocina, donde estaba Seren atareada, se sobresaltó al verles, pero se tranquilizó un poco al ver que Gunnar, tenía casi el mismo aspecto que lucía habitualmente.

—Se ha despertado, le he dado una infusión, y estoy preparando una cataplasma que le aliviará también el dolor en la espalda—Gunnar asintió, y se fue a la habitación. Niels sabía que no podía acompañarle, pero le dijo antes de dejarle a solas ante la habitación de la chica:

—Tienes que hacerla tuya Gunnar, la oscuridad está apagando tu luz, lo he

visto antes—Gunnar asintió con aspecto desolado, ante su amigo mostró lo que sentía de verdad.

Hubiera querido que fuera de otra manera, que ella le conociera, y poder enamorarla como otro hombre cualquiera, pero no había tiempo. Abrió la puerta de la habitación, encaminándose hacia la única esperanza que conocía, contra la maldición que asolaba su vida.

Lynnae le vio entrar y abrió la boca sorprendida, pero no podía moverse. Acababa de intentar levantarse, y el dolor había hecho que se volviera a dejar caer en la cama, respirando profundamente para soportarlo. Seren le había dado algo caliente para beber, que hacía que estuviera más tranquila, y que el dolor se calmara un poco. La bebida también había

conseguido que perdiera algo el miedo.

Ahora mismo no recordaba porqué motivo aquél hombre, con aquella cicatriz terrible en la cara, tendría que parecerle peligroso. Sus ojos parecían suplicar por algo. Sí, recordaba lo que le había hecho el día anterior, frunció el ceño extrañada consigo misma, porque no estuviera más furiosa o asustada, pero así era. ¿Qué tendría aquella infusión?

—¿Cómo te encuentras? —pareció dudar antes de decir su nombre—Lynnae —susurró

—Me duele menos señor—tampoco entendía qué hacía allí, en una habitación tan lujosa, cuando era una sirvienta. Se sentía fuera de lugar—En cuanto pueda volver a andar, me iré a la habitación donde dormí anoche.

—Te quedarás aquí—ordenó, su voz sonó exigente, autoritaria, seguramente estaba acostumbrado a que, todo el mundo, hiciera lo que él decía. Ella miró hacia el fuego extrañada, nunca había dormido en una habitación donde hubiera fuego. Se sentía extrañamente caliente, además le habían echado una piel sobre las sábanas. Estaba cada vez más adormecida, como si estuviera rodeada de niebla. Él se sentó a su lado, con expresión vigilante, como si quisiera cuidarla...

Seren entró en la habitación, y si antes se había quedado sorprendida, ahora lo estaba mucho más. Su señor estaba sentado junto a la cama, mientras observaba a la muchacha, que se había quedado dormida.

Dejó las cosas que necesitaría encima de la mesa, y fue hasta el otro lado de la cama, para destaparla y levantarle la camisa. La chica se despertó e intentó girarse, pero el dolor de la espalda no se lo permitió. Gimió porque no se había acordado del dolor,

—No te muevas—de nuevo la orden de él sonó autoritaria y extrañamente calmante, como si le transmitiera seguridad.

—Tranquila muchacha—se tranquilizó al escuchar a Seren, no la había visto entrar, y no sabía quién le estaba tocando la espalda, siseó al notar el calor en su piel.

—Eso quema.

—Es necesario que queme, tienes que aguantar todo lo que puedas—él

frunció el ceño y se movió hacia la espalda, para ver lo que le estaba untando la anciana—arrugó la nariz al verlo— era asqueroso, no solo parecía una papilla repugnante, sino que olía fatal, y parecía desprender mucho calor.

—¿No le harás daño? —Seren le miró inquieta, pero no llevaba tantos años cuidando enfermos, sin saber ponerse en su sitio.

—No Gunnar, lo más importante de este remedio, es que aguante todo lo que pueda el calor—le puso un paño encima, y luego lo ató con una tira de piel, que cruzó por su cintura—intenta no moverte —recomendó a la muchacha—Lynnae asintió preocupada. De repente abrió los ojos, sus pupilas se habían contraído haciéndose pequeñas, casi todo el color

de sus ojos era ahora dorado. Le habló a Gunnar:

—Por favor, que alguien vaya a ver a mi maestro, está enfermo—Seren contestó

—Perdona muchacha con todo este lío he olvidado decírtelo. He ido antes a verle, ha tomado un poco de caldo. Algo más tarde volveré, pero debe descansar.

—Muchas gracias Seren—Lynnae agotada, cerró los ojos. Por fin había dejado de sentir dolor, y se sentía a gusto y calentita. Los ojos se le cerraron, y se durmió de nuevo.

La anciana le hizo un gesto a Gunnar para que se acercara a la puerta, y poder hablar. Él, más tranquilo solo por encontrarse cerca de Lynnae, lo hizo e inclinó la cabeza para aproximar, lo más

posible, su gran estatura a la de ella.

—He visto antes personas así, ocurre cuando se dan un fuerte golpe en la espalda, o cuando hacen un gran esfuerzo—se calló al ver que eso que había dicho le enfadaba,

—Continúa—le dijo él controlándose, Niels tenía razón, ya decidiría lo que hacía con aquél imbécil de cantero. Era muy posible que tratara siempre así de mal a los aprendices, y nunca se habría enterado si no hubiera sido por ella.

—Tiene que moverse lo menos posible, y hay que cambiarle la cataplasma, por lo menos dos veces al día. Le traeré junto con la comida, si te parece, la infusión tres veces al día, y estaré pendiente para ayudarla en lo que

necesite—él negó con la cabeza.

—Yo me ocuparé de eso, tú solo dime qué hay que hacer—la anciana parpadeó asombrada pero no dijo nada. Ahora estaba tranquilo y hablaba racionalmente.

—Está bien señor. Otra cosa, creo que debería saber, que el anciano que la acompaña está muy grave—bajó algo más la voz—es del corazón, estuve escuchando sus latidos, y no suenan bien. Creo que, si es posible, debería verle un médico. Mi impresión es que no le queda mucho tiempo, el pobre hombre parece agotado. Además, está muy preocupado por ella, se quieren mucho.

—¿Son familia? —ella negó con la cabeza, él entonces asintió,

—Está bien, dile a Äsmund que avise

al médico para que venga, que es orden mía. Cuando llegue, y después de ver al anciano, que hable conmigo.

Seren asintió y recogiendo sus cosas, se fue. Antes de salir, preguntó:

—¿Traigo tu comida aquí también?
—él negó con la cabeza, no quería provocar a Gunnhild más de lo necesario. Ya estaba suficientemente enfadada, y sería peor cuando le dijera la verdad, que habían terminado. Hasta que se lo dijera, aparecería en las comidas, que era donde solían verse.

Se sentó un rato junto a ella, y se fijó en cómo movía la mano derecha, que había vuelto a sacar fuera de la sábana. Tenía un sueño intranquilo, cubrió su mano con la suya, y la apretó suavemente.

Y Gunnar, que se había acostado con todas las mujeres que había querido, a quien nunca se le había resistido ninguna, se sintió extrañamente emocionado por coger la mano de una jovencita, como si fuera un adolescente imberbe. Sonrió irónicamente, cogiendo sólo su mano, se sentía en paz por primera vez, desde hacía muchos años.

Observó el pelo casi blanco que caía sobre la almohada, lo podía ver porque Seren le había quitado el gorro al desnudarla. Tenía las cejas del mismo color, y ahora que estaba tan cerca, pudo ver que las pestañas, larguísimas, también eran blancas. Sus manos, sin embargo, estaban llenas de cicatrices, cortes y eran más oscuras que el resto de su cuerpo.

Gunnar apoyó la cabeza en la mano,

pensativo, tendría que conseguir que confiara en él. No en vano era el mejor estratega que había tenido el ejército sueco, según el rey. De repente sonrió, la solución había estado ante él desde el principio. En la guerra todo valía, y él, esto, se lo tomaba como una batalla, la más importante de su vida. Mucho más contento, se arrellanó en la silla, vigilando sus sueños. Sus deseos podían esperar hasta que ella se encontrara bien.

—Creo que deberíamos traer músicos, ¿no te parece? —Gunnar levantó la vista de la sopa que estaba tomando, distraído, no sabía a qué se refería Gunnhild. Ella le miró malhumorada, había estado hablando durante varios minutos, mientras él

contestaba con monosílabos, estaba claro que no había escuchado nada de lo que le había dicho,

—Gunnar, verdaderamente, no sé qué te pasa—él se envaró pensando si sería el momento de decirle la verdad, pero unos minutos antes, había dejado a Lynnae en brazos de Seren, para que le diese la cena, y cuando cenara, pasaría a estar un rato con ella. No quería que Gunnhild pudiera presentarse allí, e hiciera pasar un mal rato a la muchacha. Cuando estuviera mejor, solucionaría las cosas de otra manera, pero mientras tanto, tendría que intentar disimular. Hasta ese momento se mordería la lengua para no gritar al mundo que, por fin, la había encontrado.

—Perdona Gunnhild, tengo la

cabeza en otras cosas, ¿te refieres a la fiesta?

—¡Por supuesto! ¡es la semana que viene!, y no tenemos suficientes diversiones. Quiero que sea la mejor fiesta a la que hayan ido los invitados, y que todos, incluso el rey, piensen que somos los mejores anfitriones. Además, necesitamos todas las habitaciones disponibles—él levantó la mirada del cuenco y la observó. No entendía a qué venía aquel comentario, con la cantidad de habitaciones que había en el castillo. Viendo la cara de ella, empezó a sospechar,

—¿Todas? —ni se había acordado de aquella maldita fiesta, si por él fuera no se celebraría,

—Sí, recuerda que al venir el Rey tú

tienes que dejarle tu habitación, que es la mejor de la casa, para pasar la noche. Afortunadamente, es un caso extraño, pero los reyes duermen juntos, así que necesitamos solo una para los dos— respiró hondo antes de decir lo que le pasaba por la cabeza—yo había pensado, que, ya que los reyes estaban aquí y te quedabas por una noche sin habitación, podrías dormir en la mía—él sonrió, sencillamente porque no supo qué responder. Dormir con ella, era como si le pidiera que lo hiciera con un pescado muerto, los dos le atraían lo mismo en ese momento.

En su cabeza solo había una mujer, una que, de momento, le debía temer y odiar a partes iguales. Estaba seguro de que, si por ella fuera, saldría corriendo en

cuanto estuviera bien, y, entonces, no volvería a verla nunca más, pero pensaba asegurarse de que no lo hiciera. En cuanto estuviera mejor, hablaría con ella, y utilizaría cualquier arma, la que fuera, para conseguir lo que necesitaba, que fuera de él lo antes posible.

Ahora tenía una, que no tendría escrúpulos en utilizar. No era ningún capricho, se trataba de que él sobreviviera, y su mente lúcida también.

Terminó la cena y, en cuanto pudo, se escapó discretamente a verla. Seren le había llevado la cena, y aún estaba sentada con ella, mientras la ayudaba, incorporada, a que se bebiera otra infusión. La muchacha le miró, extrañada, al verle de nuevo allí. El efecto de la anterior infusión se le había pasado, y su

mente estaba de nuevo lúcida, por lo menos hasta que le hiciera efecto la siguiente. Se daba cuenta de que tenía una enorme deuda con aquél extraño hombre, que parecía preocupado por ella, y sorprendentemente peligroso y atractivo a partes iguales.

—¿Cómo te encuentras? —ella se mordió los labios por el dolor, al volverse a tumbar. Seren le había asegurado que, la única manera, para que se le pasara el dolor, era tomar la infusión. Era una contestación al comentario que le había hecho ella, diciéndole que no quería volver a tomarla porque se sentía atontada.

Cuando estuvo tumbada, consiguió contestar, aunque su voz fue tan solo un susurro ronco,

—Estoy mejor, gracias señor—él asintió quedándose de pie ante ella, con las manos cruzadas a la espalda. La miraba tan fijamente, que ella desvió la mirada hacia el fuego, sin poder sostener su mirada ardiente.

—El médico está revisando, ahora, al anciano que vino contigo, Käresson me ha dicho que se llama ¿es así? —ella asintió insegura, no entendía por qué habían llamado a un médico para un simple sirviente. Pero fuera por el motivo que fuera, se sentía muy agradecida.

—Por favor, dígame lo que tiene en cuanto se lo digan, y muchas gracias por todo—Seren salió de la habitación, era mejor que se fuera, no creía poder escuchar más sin explotar, no le gustaba lo que estaba ocurriendo allí.

El señor siempre le había parecido un buen hombre, rudo, algo salvaje, pero de buen corazón. Pero desde que había visto a esa chiquilla, no parecía haber límites a lo que podría hacer para conseguirla. Incluso utilizar la grave enfermedad de un anciano.

—No te preocupes por eso—sus ojos, brillantes con aquella llama azul ardiendo en su interior, la miraron hipnotizándola—ni por nada. Sólo tienes que pensar en recuperarte, es lo único que te pido, de momento—ella le miró acobardada, sabía lo que él quería, y sabía que no era un precio demasiado alto por la salud de su maestro, pero tenía miedo. Si fuera un hombre menos grande, pero era gigantesco, ella se sentía muy pequeña a su lado...

—Está bien—intentaría ganar tiempo, al parecer, mientras no se pusiera bien, no le exigiría nada. Comenzó a sentir de nuevo que se le iba un poco la cabeza, efecto del bebedizo de la anciana. Sintió el impulso de sonreírle, de nuevo algo ida, y lo hizo,

El corazón de Gunnar se saltó dos latidos al ver que le sonreía, se acercó a la silla que esperaba invitadora, y aprovechando la buena disposición que le daba la infusión, se sentó a su lado.

—¿Llevas mucho tiempo por los caminos con tu maestro? —ella le miró aturdida, no sabía a qué venía esa pregunta. Intentó hacer memoria, pero no sabía exactamente, en ese momento, cuanto llevaba en la calle, solo sabía que él la había salvado,

—Es el mejor hombre que hay sobre la tierra, me salvó de la calle. Me ha enseñado todo lo que sé. No sabría cómo vivir sin él—Gunnar a pesar de ser un hombre adulto y equilibrado, en circunstancias normales, sintió envidia, al notar el cariño que sentía por el anciano.

—Entiendo, creo que no sois familia —ella negó con la cabeza, su mano se escurrió de las sábanas, quedando colgada fuera de la cama. Él la cogió para dejarla otra vez junto a su cuerpo, pero antes de devolverla, no pudo evitar darle un sentido beso en el dorso. Ella se sobresaltó al sentirlo, nadie le había besado antes la mano,

—No—contestó como pudo, aquél sencillo beso la había puesto nerviosa—pero no podría quererle más si lo

fuéramos. Por eso es tan importante que él se cure, para mí es lo más importante—decidió hablar claro—Señor, haré lo que sea para que él tenga los mejores cuidados, por favor, se lo suplico.

—No sigas—no soportaba escucharla suplicar, ella no tenía que hacer eso, era su obligación hacer que ella se sintiera mejor.

—Te he dicho que no te preocupes, tendrá todo lo que necesite. Se le darán todos los cuidados que diga el médico, como si fuera de mi propia familia.

Ella sonrió temblorosa, con lágrimas de gratitud asomando a sus ojos, pero él no había terminado,

—En cuanto a lo que tendrás que hacer para pagar todo eso, lo hablaremos cuando te encuentres mejor—ella asintió

conforme, temblando solo de pensar en dejar que ese hombre tan grande, tocara su cuerpo, como había hecho ya.

Pero le había dicho la verdad, haría lo que fuera, con quien fuera, para que su maestro tuviera los mejores cuidados, y se sentía agradecida por tener la oportunidad de hacerlo.

SEIS

Gunnar estaba sentado en el salón junto a la chimenea, había dado orden de que el médico viniera a verle en cuanto hubiera terminado su visita. Bebía hidromiel, observando a Gunnhild, que hablaba con una de las doncellas, a la que estaba volviendo medio loca con algo sobre la dichosa fiesta, él sabía que se avecinaban problemas. En cuanto ella viera al médico querría saber por qué estaba aquí, y él entonces tendría que decirle la verdad. Tarde o temprano tenía que enterarse, y prefería decírselo él. Afortunadamente, las dos mujeres salieron a buscar algo a la habitación de

Gunnhild, y poco después aparecía Hansel, el médico.

Era un hombre de mediana edad, pelo gris corto, e intensos ojos verdes. Cuando vio al dueño de la casa, fue directamente hacia él, Gunnar le hizo un gesto para que se sentara. No traía buena cara, le sirvió una copa de aguamiel, que el otro hombre tomó con ganas y bebió la mitad antes de hablar,

—Está bastante mal, el corazón, sin duda, pero también tiene encharcados los pulmones. Ya le he dicho a Seren cómo tiene que colocarle en la cama, para que respire mejor. Poco más se puede hacer, ella le va a poner uno de sus ungüentos, le hará tanto bien como el que le pueda mandar yo.

—¿Se va a morir pronto? —él otro

hombre se encogió de hombros.

—No te puedo decir cuándo, pero sí, no le queda mucho. Gunnar, ya sé que no es asunto mío, pero nos conocemos hace tiempo, y tengo curiosidad, ¿qué tienes que ver con ese hombre? — Hansel, el médico, era un buen hombre, y no había razón para no decirle la verdad.

—Es familia de una mujer por la que estoy interesado—al otro hombre casi se le cae la copa.

—Creía que lo tuyo con Gunnhild era definitivo, ¿o planeas coger otra mujer además de ella? —Gunnar le miró atentamente, no parecía que lo preguntara por simple curiosidad.

—¿Estás interesado? —Hansel se encogió de hombros, pero enrojeció avergonzado. Dudó por un momento, si

seguir manteniendo la fachada de indiferencia de todos esos años, o decirle a aquél hombre, que siempre había pensado que era justo, lo que sentía en el fondo de su corazón.

—Sí, Gunnar, lo estoy. —ahora era el turno de Gunnar de quedarse con la boca abierta.

—Pero ¿cómo es posible?, si conoces a Gunnhild de toda la vida, ¿por qué no le has dicho nunca nada? —Hansel se encogió de hombros de nuevo, no sabía cómo explicar ante otra persona lo que no tenía explicación para él. Gunnhild y él habían nacido en esa isla, y se habían criado como hermanos. Él siempre había estado enamorado de ella, aunque sabía que ella, no tenía los mismos sentimientos.

—No te lo puedo explicar, porque no lo entiendo ni yo. Solo sé que la quiero desde siempre, y que ya había renunciado a tenerla, pero si os vais a separar...— Gunnar le miró, descontento consigo mismo. Le parecía una falta de respeto hablar de su concubina, a espaldas de ella, con otro hombre.

—Hansel, permíteme que primero hable con ella, luego, si quieres, le puedo decir que tú estás interesado...—el otro hombre asintió feliz.

—Gunnar, te lo agradezco mucho. Siempre he sabido que no la querías. Perdona lo que te voy a decir, sé que la tienes cariño, pero no la quieres como un hombre debe querer a una mujer—Gunnar decidió no responder a eso, quería que le terminara de explicar lo que podían hacer

por el anciano,

—En cualquier caso, Hansel, ¿hay algo más que podamos hacer por ese hombre? —el médico, con el ceño fruncido por el cambio de tema, meneó la cabeza negando,

—No, solo se puede procurar que esté lo más cómodo posible. Ya le he explicado a Seren lo que es mejor que coma por su salud, y los remedios, si empeora llamadme, por favor, de todas maneras, volveré a verle mañana.

Gunnar iba a decir algo, pero Gunnhild apareció en el salón, sola esta vez, y enarcó las cejas al ver a Hansel. Se acercó a los dos con paso enérgico,

—¡Hansel, buenos días!, ¡no te esperábamos! ¿no? —miró con desconfianza hacia Gunnar, que asintió

con seriedad.

—Le he mandado llamar yo, hay un trabajador enfermo—Gunnhild aún se extrañó más, era muy raro que se llamara al médico por un siervo, y más aún que le mandara llamar Gunnar. Normalmente era un trabajo del que se encargaba ella—miró a Gunnar a punto de preguntarle algo más, pero lo que vio en su mirada, le hizo conformarse con aquella explicación. No quiso saber más en ese momento, se quedó junto a los dos hombres hablando del único tema del que quería hablar esos días, la fiesta, a la que también estaba invitado Hansel.

El médico se fue, minutos después, dejando entre los dos un silencio incómodo. Gunnhild se levantó dispuesta a marcharse, tenía mucho en qué pensar,

—Gunnar, me voy a la cama, estoy muy cansada—pero él no dejó que se marchara, pensaba que era mejor afrontar los problemas cuanto antes.

—Gunnhild, por favor, siéntate, quiero hablar contigo—ella se resistió, esperaba esa conversación desde hacía meses, pero no quería tenerla.

—Gunnar, ¿no puedes esperar a mañana?, estoy realmente cansada.

—Lo siento, pero no. Por favor, será muy poco tiempo—ella se dejó caer derrotada en el sillón, y esperó con la cabeza gacha, y las manos juntas sobre sus rodillas.

—Gunnhild, cuando hablamos de que vinieras a vivir conmigo, te dije que, buscaba la mujer adecuada para mí...—ella le interrumpió.

—Hablaste de la que te estaba destinada—recordaba perfectamente aquella frase, la llevaba clavada en el corazón, porque sabía que esa mujer no era ella.

—Sí, es posible, bien... con el tiempo, yo—no sabía cómo seguir, la miró, pero no levantaba la vista —creo que los dos, si somos sinceros, nos hemos dado cuenta de que no estamos destinados el uno para el otro—ella le miró rígida, esperando la frase definitiva—eres una mujer preciosa, puedes conseguir al hombre que quieras, pero... —ella volvió a interrumpir.

—Pero no a ti, ¿no es cierto?

—No, y creo que, para los dos, es mejor que sea honesto.

—¿Has encontrado a alguien? —le

hizo la pregunta, aunque estaba segura de que la respuesta era negativa, pero al ver su cara de arrepentimiento, supo que estaba equivocada.

La cara de Gunnhild se transformó, en una máscara de rabia, la felicidad que había sentido con su vida hasta ese momento, se evaporó como si nunca hubiera existido.

—¡Exijo que me digas quién es! — Gunnar se puso rígido ante los gritos de la, hasta ahora siempre tranquila y agradable Gunnhild—alguna de tus putas del pueblo, seguro—ahora fue él, el que la miró asombrado, ella se rio sin ganas, al ver su expresión de sorpresa.

—Los hombres sois todos igual de tontos, ¿de verdad creías que no me iba a enterar, de que cuando vas al pueblo

con tus amigos, os vais de putas? —la risa se entrecortó por un sollozo, lo que hizo que se calmara, en parte, el enfado que estaba empezando a sentir Gunnar.

—Gunnhild—intentaba mantener el tono de voz bajo, aunque lo que le apetecía era devolverle sus gritos— desde el principio fui claro con mis condiciones, te dije que tendría libertad absoluta, que no te metieras en mis cosas. Y tú aceptaste, entendiste perfectamente lo que yo quería decir.

—Claro que lo entendí, pero entonces para mí solo eras un vikingo más, con la cara deformada, que tenía mucho dinero y me podía mantener muy bien. Me gustan las cosas caras, no puedo evitarlo, y contigo he vivido como siempre había soñado. Pero desde hace

tiempo, eso no ha sido suficiente—la verdadera Gunnhild apareció ante él, con lágrimas silenciosas cayendo por sus ojos —no sé decirte cuándo ocurrió, pero me he enamorado de ti. Por eso, cada vez se me hacía más difícil, continuar con nuestro acuerdo. Me costaba mucho no preguntarte donde ibas cada vez que salías. Cualquier mujer que elijas no va a ser tan generosa como yo.

—Es posible que tengas razón, pero la decisión ya está tomada—se calló, al ver la expresión de terror que apareció en su cara.

—¡Por favor!, ¡piénsatelo unos días!, por lo menos hasta después de la fiesta! —sabía que estaba a punto de pedirle que se fuera, y para evitarlo, solo se le ocurrió utilizar la dichosa fiesta, aunque ahora

mismo no le importaba nada—¡he trabajado tanto!, me dolería mucho no poder estar en ella como anfitriona.

Gunnar dudó un momento, pero asintió. Seguramente le debía eso, por lo menos. Aunque iba en contra de su forma de pensar, ya que le parecía que ese retraso solo podía traer problemas, intentaría aguantar una semana más,

—Está bien, hasta después de la fiesta, pero después Gunnhild, tendrás que irte. Por supuesto, no debes preocuparte por tu situación económica—ella asintió rígida, aunque, interiormente, estaba haciendo cientos de planes para que él cambiara de opinión. Lo primero de todo sería enterarse de quién era la mujer que se lo había quitado, luego le arrancarían el pelo antes de echarla a

patadas de allí.

—Y no te metas en mis cosas—ella volvió a asentir sonriendo con naturalidad, aunque pensaba enterarse absolutamente de todo.

—Bueno, si no tienes nada más que decir, me voy a la cama—Gunnar esperó hasta que se alejó. Entonces, se fue a su habitación, donde se puso ropa más cómoda, para dormir, y luego entró en la de Lynnae.

Abrió intentando no hacer ruido. El fuego ardía con viveza en la habitación, Lynnae, a pesar de ello parecía tener frío, ya que estaba acurrucada, bajo las sábanas. Él se sentó en la silla junto a la cama, y acarició sus piernas dejando una mano sobre ellas, intentando sentirla, aunque fuera a través de las sábanas.

Sus caricias no estaban motivadas por la lujuria, sino por la necesidad de transmitirle seguridad, su instinto le decía que la necesitaba más que nada, en ese momento.

El lobo la perseguía rabioso, cada vez estaba más cerca, quería morderla, y arrancarle la carne de los huesos, hasta dejarla solo en el esqueleto. Lynnae lo miró a los ojos, eran intensamente azules, y le recordaban a alguien. Vaciló un momento, y estiró la mano para tocarle, entonces, el lobo se calmó, y se sentó a su lado esperando la caricia.

Ella no podía creer que fuera tan sencillo como eso, simplemente tenía que dejar de huir, para conseguir que él se calmara y así no la atacaría. Abrió los

ojos sintiendo que había descubierto algo terriblemente importante, aunque no tenía ni idea de qué era, y vio a Gunnar mirándola fijamente con los ojos azules. Ella, todavía medio dormida, alargó la mano hacia él, y el hombre sonrió, se inclinó hacia ella para que pudiera tocarle, y le acarició la mejilla herida.

Él se quedó rígido al notar que le tocaba el lado quemado, nadie le había tocado allí, nunca. Lynnae siguió sonriendo mientras lo hacía, de repente había dejado de tener miedo. Él se arrodilló frente a ella, y cogió su cara entre las manos, y la besó dulcemente, ella admitió aquel beso tan suave, encantada. Le parecía que todo tenía sentido, era normal que la besara, acarició su pelo, era lacio y brillante, y se escurría

entre sus dedos.

—Espero que cuando se te pase el efecto de la infusión, no pienses que esto ha sido una locura—ella no podía hablar, además no tenía que hacerlo, ¿desde cuándo era necesario responder en los sueños?

—¿Te encuentras mejor? —ella asintió, no sabía a qué se refería, porque no le dolía nada—estoy muy bien, pero tengo frío.

—El fuego está encendido, puedo ir a por otra piel para echarte por encima—la miró valorando si decirle lo que se le había ocurrido—o puedo acostarme junto a ti para darte calor. Te aseguro que no pasaría nada, puedes fiarte de mí, sé que estás enferma—sentía la garganta seca de solo pensar que le dejara tumbarse a

su lado, y abrazarla toda la noche.

—No tengo miedo, túbate por favor—palmeó la cama ante ella, pero él se colocó a su espalda, quería que sintiera lo más cerca posible el calor del fuego. Se quitó las botas, y se tumbó encima de la ropa de cama, no creía poder controlarse de otra manera.

En cuanto se tumbó, y la abrazó por la cintura, le llegó el olor de su pelo, era un olor dulce, como ella. Recordó algo que le tenía que preguntar, para saber lo que ella pensaba, y hasta ahora no había encontrado el momento adecuado,

—¿Qué te ha pasado esta mañana?, ¿cómo te has hecho daño en la espalda?
—ella casi no contestó, ya se estaba quedando dormida, pero él insistió llamándola,

—¡Lynnae! —la llamó suavemente para que contestara, ella respiró hondo y contestó al cabo de unos segundos.

—No lo sé...al coger la piedra para llevarla al montón, he sentido un gran dolor. Pero hasta que no hemos dejado de trabajar, no me he dado cuenta de que no podía ponerme recta.

—¿Te ha obligado el maestro cantero a levantar la piedra? —en la rabia de la pregunta ella supo que, de su respuesta dependía que algo malo le ocurriera a aquél hombre. No podía ser la culpable de eso, seguramente tendría una familia que dependía de él.

—No, es lo que hacen todos los aprendices, no me ha tratado peor que a los demás—le mentía, lo sabía, pero decidió dejarla tranquila. Lo más

importante era que se curara.

—Está bien, duérmete—ella respiró hondo, y él notó como su cuerpo se iba relajando, hasta que supo que se había quedado dormida. Él hizo lo mismo, su respiración acompasándose a la de ella, cerró los ojos y afianzó su mano en la cintura de Lynnae, sintiéndose relajado. Se durmió casi enseguida.

Se despertó después de haber dormido toda la noche. Cuando intentó levantarse, la espalda le dio un tirón, por lo que volvió a intentarlo con más cuidado. Cuando consiguió hacerlo, se sintió muy orgullosa. Ciertamente que no estaba del todo recta, pero podía andar si lo hacía muy despacio. Iba hacia la puerta, cuando su voz hizo que se parara:

—¿Dónde vas? —Gunnar la miraba desde la cama, con el pelo revuelto, la barba crecida, y los ojos entornados. No parecía enfadado, solo curioso. Ella enrojeció, al recordar que había dormido allí, con ella

—Quiero ir a ver a mi maestro, hace mucho que no le veo—él frunció el ceño, no le parecía buena idea. Tenía dolores, no había más que ver cómo andaba, como si fuera una anciana. Se levantó de un impulso y se acercó a ella,

—Tienes que descansar, no puedes andar todavía, todavía tienes dolores—intentó que su voz no sonara autoritaria, para convencerla.

—Estoy mucho mejor—él sonrió tierno, al ver como intentaba engañarle. Incluso mientras le hablaba, estaba

encogida, ya que no podía ni siquiera estirarse del todo. Al ver que él no iba a ceder, ella insistió—por favor—Gunnar se sintió desarmado al escuchar esa simple frase. Nadie, nunca, había tenido tal poder sobre él.

—Está bien, haremos una cosa, llamaré a Seren, que te haga la cura hoy y te de la infusión, si tomas todo y desayunas bien, y luego veo que estás mejor, yo mismo te llevaré. Nunca te recuperarás si no tomas los remedios, y haces lo que te dijo el médico.

—Está bien, —ella inclinó la cabeza, sabía que le tenía que estar agradecida, pero siempre había sido ella la que decidía sobre su vida. En ese momento tuvo la sensación de que eso había dejado de ser así, quizás para siempre.

SIETE

Lynnae salió de la habitación muy preocupada, llevaba la comida de Käresson sin tocar, ni siquiera la había probado. Se tropezó con el vestido, al volver a la cocina, y apretó los dientes mientras levantaba la falda para no volver a pisársela. Seren le había dado el vestido el día anterior, y unas zapatillas, las dos cosas estaban casi nuevas.

Lo malo era que ella no estaba acostumbrada a llevar faldas, desde que podía recordar siempre había llevado pantalones. Estaba muy agradecida por cómo se portaban con ella y con Käresson, especialmente Gunnar. Todavía no le había pedido que cumpliera con él,

aunque ella estaba ya mucho mejor, y había decidido dejar de preocuparse por cuándo lo haría. Llegó a la cocina, allí Seren hablaba con Nilsa, ésta sonreía escuchando.

La muchacha se dirigió sonriente a Lynnae, y le quitó la bandeja de las manos para llevársela al fregadero. Intentó que no lo hiciera, pero fue inútil. Se habían hecho amigas durante su enfermedad, ya había pasado una semana desde que le había dado aquel dolor tan fuerte en la espalda, y hacía dos días que se encontraba muy bien.

—¿No ha comido? —Seren también parecía preocupada

—Ni siquiera he conseguido, que se quedara despierto el tiempo suficiente para hablar con él. Seren yo creo que

está peor —la anciana encogió los hombros,

—Llamaremos al médico, no te preocupes más, ahora mandaré a alguien a que vaya al pueblo a buscarle—ella asintió y sonrió a Nilsa, que cogió su mano, intentando consolarla.

—Gracias Nilsa, eres muy buena—la muchacha se ruborizó de placer, Lynnae era la única amiga que había tenido nunca. Aunque no podía hablar, se hacía entender perfectamente. Seren le había dicho que no era muda, sino que le había pasado algo años antes, y por la impresión, desde entonces había dejado de hablar. Pero Nilsa parecía feliz comunicándose a su manera.

—Siéntate y desayuna—pero no podía, necesitaba salir de allí y dar un

paseo. Desde que se había levantado esa mañana, le parecía que se ahogaba, como si no pudiera respirar bien. Se sentía encerrada, nunca había estado tanto tiempo en una casa, aunque fuera tan grande como esta, sin salir al aire libre.

—Voy a dar una vuelta—Seren la miró con los ojos desorbitados, se avecinaban problemas. Tenía órdenes de Gunnar de que ella no saliera de allí.

De momento Gunnhild no se había enterado de nada, porque Lynnae había estado en su habitación. Hoy era el primer día que salía y solo se había movido por la zona de los sirvientes, y Gunnhild nunca aparecía por allí. Al día siguiente se celebraba la fiesta, y Gunnhild, estaba más nerviosa que nunca.

Además, creía que Lynnae, por haber estado metida en cama esos días, todavía no sabía que Gunnar tenía una concubina.

Lynnae no hizo caso a los balbuceos de Seren, que decía que no saliera por no sé qué razón extraña, y salió al patio. Una vez allí, dio la vuelta al castillo despacio, respirando profundamente el aire puro. Pasó delante de los canteros, sin hacer caso a Alfred, que la miró con los ojos entrecerrados, y giró a la izquierda siguiendo la construcción de la muralla. Más adelante, había unos guardias que no le hicieron caso, o eso le pareció, y con un paso normal, llegó hasta la ribera del río, donde se sentó. Miró el río pasar sintiéndose triste pero tranquila, tenía mucho en qué pensar.

Todas las mañanas se despertaba con su brazo rodeando su cintura. En ocasiones, se dormía sin que él estuviera a su lado, pero al despertar, siempre estaba ahí. Esa misma mañana, se había despertado sintiéndose feliz porque sabía que él estaría en la cama, con ella.

Se estaba acostumbrando a Gunnar, antes de que él despertara, con cuidado había posado su mano en la de él, que era mucho más grande que la suya, y también más suave. Entonces, notó que él olía su pelo. Se asustó por el placer que sintió y se levantó.

La noche anterior se había bañado en la habitación. Él había hecho que le llevaran una bañera, y que la llenaran con agua caliente, como si fuera alguien importante. Nunca se había bañado con

agua caliente, él salió mientras Nilsa la ayudaba, y luego, cuando ya estuvo acostada con su camisón nuevo, volvió.

—¡Maldita sea!;Lynnae! —se levantó, culpable, al escuchar cómo la llamaba, notó la preocupación en su voz. Nunca se había sentido tan unida a nadie, ni siquiera a su maestro. Pero no podía decírselo, no era como si se fuera a casar con ella. No sabía lo que duraría, pero mientras cuidara de su maestro y de ella, y la tratara bien, le parecía un trato más que justo. Había tenido que hacer cosas mucho más difíciles en su vida, estaba segura.

La vida, de los que no tenían nada, era muy dura.

—¡Estoy aquí! —le gritó para que

supiera dónde estaba, él se encaminó hacia ella enseguida, y apareció tras unos arbustos. En unas pocas zancadas, se acercó a ella, y la abrazó con fuerza.

—¡No vuelvas a irte sin decirme nada! —separándose de ella, sintió la necesidad de besarla, y esta vez, no se controló. La besó como si pudiera imprimir en el alma de ella, que le pertenecía, igual que él se sentía suyo. Ya nunca más sería libre, aunque ella desapareciera de su vida. Pasaba las noches velándola, feliz de poder hacerlo. Mientras, el berserker, se mantenía vigilante, y tranquilo, esperando a que ella estuviese bien para que sus cuerpos se unieran. Pero ella ya no sentía ningún dolor, estaba seguro. Y el berserker exigía su posesión.

Cuando se dio cuenta de que ella forcejeaba para separarse, la dejó hacerlo, aunque siguió sujetándola por los brazos, y le lanzó una mirada azul incandescente. Ya no podía esperar más, sintió un rugido en su interior que le hizo erguirse amenazante y apretar sus brazos con demasiada fuerza, entonces, ella hizo un gesto de dolor, pero él no lo vio.

Lynnae al ver su aspecto, volvió a sentirse como el primer día que lo había visto, cuando la atacó. Aunque en el fondo sabía que no le haría daño, en ese momento, no fue capaz de pensar, y él tampoco. Ambos se dejaron llevar por sus instintos, ella de huir, y él de retenerla a su lado. Cuanto más intentaba ella separarse de él, más se indignaba Gunnar, le gruñó, furioso, repetidamente,

hasta que le dijo:

—¡Basta! —la sujetó aún más fuerte, pero ella siguió intentando huir de sus brazos, aunque se hacía daño.

Al ver que era imposible, que ella no iba a ceder, decidió echársela sobre un hombro, y, como comenzó a darle patadas, le dio un fuerte azote para que dejara de hacerlo. Entonces, se deslizó rápidamente hasta la puerta escondida en la parte oriental de la muralla, y en cuatro zancadas atravesaba otra puerta oculta, esta vez en el castillo. Desde allí, la habitación más cercana era la de Gunnar, había hecho construir esa entrada hacía un año, para que nadie le viera cuando volvía de sus juergas con sus amigos.

Entró en su habitación, y dándose la vuelta, echó el cerrojo. Fue hasta el fuego

y, sobre la piel de un lobo extendida en el suelo, dejó su carga con cuidado. Al ver que ella seguía peleando, él sonrió malvado, así solo conseguiría que se excitara más.

—¡Déjame! —sujetó sus dos manos con una de él, por delante, y luego, deliberadamente, tiró del lazo de su pelo, para soltárselo. Lynnae, al ver su expresión, supo que había llegado el momento que tanto había temido. Aunque pensaba que se había hecho a la idea, era mentira, ahora sentía tanto miedo que se volvió irracional,

—¡No! —le gritó, él curvó la boca en un gesto amargo. No había pensado reprocharle nada, pero el resentimiento que sentía porque ella le encontrara repugnante, le hizo intentar devolver el

mismo daño que ella le estaba haciendo,

—Creía que harías cualquier cosa por él—su voz rezumaba maldad, ella se quedó quieta mirándole con los ojos dorados abiertos con absoluto terror, por un momento había olvidado a Käresson. Se sintió como la persona más desagradecida del mundo por haberlo hecho, entonces, todas sus ganas de pelear se esfumaron, inclinó la cabeza y murmuró:

—Tienes razón, lo siento. Haré lo que quieras, no me resistiré—él frunció el ceño, a pesar de que en ese momento no podía pensar como un hombre, o no del todo, sabía que eso no era lo que deseaba. Sin embargo, soltó despacio sus manos, y se colocó a su espalda para deshacer los lazos de su vestido. Tuvo

que hacerlo con cuidado, ya que las uñas, con la excitación, le habían crecido curvándose al máximo, eso solo le había ocurrido, hasta ahora, en el fragor de la batalla. Pero desde que la había conocido, el berserker afloraba en cualquier momento, sin avisar.

Respirando hondo para calmarse un poco, consiguió que, poco a poco, volvieran a esconderse tras sus uñas humanas. Finalmente, algo más lentamente de lo que hubiera querido, consiguió que el vestido cayera a los pies de ella. Se colocó de nuevo frente a ella, solo le quedaba la camisola, ella miraba a la pared de enfrente, pero estiró la mano, y se la quitó. No le miró en ningún momento.

—No tengas miedo, no voy a

hacerte daño—ella asintió respirando hondo, ya sabía que él no era un hombre normal. Su voz había cambiado, y sus ojos, que ya había visto varias veces así, se habían vuelto de ese color tan llamativo. Era un azul vibrante, único.

Lynnae se quedó quieta mirando el fuego, intentando pensar en otra cosa. Por el rabillo del ojo vio que él se había desnudado, nunca había visto un hombre así, se ruborizó al ver su excitación, sabía lo que hacían los hombres y las mujeres. Había visto a los animales copular, y siempre había pensado que era muy salvaje, y que debían hacerse daño. No le parecía nada atrayente, pero eso no importaba.

Gunnar sentía su cuerpo vibrar, como si algún tipo de energía lo recorriera

desde la cabeza hasta los pies. La miró, de pie frente a él, era bellísima, para él la más hermosa. Cogió su mano derecha y la llevó hasta la cama, donde se sentó colocándola entre sus piernas. Allí la enlazó por la cadera y besó sus pechos con pasión, lamiéndolos después. Desde que habían entrado en la habitación intentaba controlarse para no saltar sobre ella como un animal, pero no sabía cuánto tiempo aguantaría. Acarició con sus grandes manos la espalda elegante, bajando hasta su culo, y volviendo a subir. Hizo que inclinara su cabeza hasta la de él, y la besó suavemente al principio, tentándola, luego, intentando meter su lengua en la boca, pero ella mantenía los dientes cerrados. Él se separó de ella,

—Tienes que abrir la boca

—¿Por qué? —parecía sinceramente sorprendida.

—Para que te pueda besar

—Ya me estás besando—este hombre estaba loco, ¿sería posible que quisiera morderla?, le miró precavida.

—Te aseguro que esto no es besar, no todavía, no como yo necesito hacerlo. No discutas, no sabes de lo que hablas, haz lo que te digo—ordenó, ella sintió algo extraño recorrer su cuerpo, al escuchar su voz ronca. Dejó que se aproximara a su boca y volviera a besarla, entonces, abrió la boca para él. Él gimió al meter su lengua en ella, Lynnae dejó que recorriera su boca, y notó como, su mano derecha bajaba por su cadera hasta sus muslos. Allí se movió a la parte delantera, y empujó ligeramente para hacerse un

sitio, ella abrió las piernas doblegándose a su voluntad, casi sin darse cuenta.

La mano de Gunnar llegó al nido de rizos casi blancos, y los acarició un momento asombrado de su sedosidad, luego, metió un dedo tanteando su coño, este se resistió al avance, pero él insistió con cuidado. Estaba seca, no podía penetrarla así, gruñó ya que no podría aguantar mucho más. Hizo que ella retrocediera un poco, para poder levantarse, y le ordenó:

—Túmbate, y abre las piernas—ella le miró con los ojos muy abiertos, y se mordió los labios asustada. Hizo lo que le pedía, pero volvió la vista hacia la pared opuesta, de manera que no pudiera ver su cara.

Gunnar se colocó de rodillas frente a

aqueel manjar que se le ofrecía por fin. Si ella no fuera tan inocente, aullaría de alegría, como el lobo que decían que era. El berserker bailoteaba dentro de él, deseando que fuera suya. Pasando sus fuertes manos por debajo de sus caderas, levantó sus piernas, y las apoyó en sus hombros, aunque así solo se sujetaba en la cama con la cabeza. Luego, la acercó a su boca, y comenzó a lamer, metió la lengua dentro de ella, como antes había hecho en su boca, y comenzó a moverla. A la vez, sujetándola solo con una mano, mojó la otra mano con su saliva, y comenzó a frotar su clítoris.

Lynnae no entendía qué le pasaba, sentía algo extraño. A pesar de la postura tan extraña en la que se encontraba, lo que él le estaba haciendo, era lo mejor

que su cuerpo había sentido nunca. Tuvo que volver la cabeza de nuevo hacia él, para ver qué hacía, y aquello fue lo más excitante que había visto en su vida.

Solo podía ver los ojos de Gunnar, ya que la boca estaba tapada por el cuerpo de Lynnae, él seguía penetrándola con la lengua y estimulando su clítoris. De repente, la muchacha se convulsionó, y su cara se desfiguró, como si sufriera una fuerte agonía, Gunnar no dejó de estimularla hasta que dejó de sentir las contracciones del coño de ella, y se bebió todos sus jugos. Cuando todo terminó, se tumbó de nuevo entre sus piernas, le hubiera gustado poder hablar con ella y tranquilizarla, pero ya no podía esperar más. Se colocó en posición y la penetró hasta el fondo, ella gimió abriendo los

ojos asustada,

—¡Señor, me estás haciendo daño!
—él apretó los dientes, furioso, y salió y volvió a entrar, su cuerpo le exigía que la marcara, penetrándola con fuerza. La cama se movía debido a los fuertes empujones que daba. Lynnae se mordió los labios fuertemente, y volvió la cara sin poder soportar seguir mirándole. Él parecía furioso, esto no era suficiente,

—¡Mírame! —casi no entendió lo que le ordenaba, y cuando lo hizo, se resistió a mirarle. Entonces, él la obligó, cogiéndole la barbilla con una mano, y girando de ese modo su cara hacia él.

—Soy yo, quiero que veas quién te posee, eres mía, de ahora en adelante, ningún otro podrá tocarte, ni rozarte siquiera. Te reclamo para mí, estarás

siempre conmigo. Hasta la muerte, incluso después—ella negó con la cabeza, asustada por sus palabras. Eso hizo que él, sin dejar de mover las caderas mientras continuaba invadiéndola, levantara la cabeza, y lanzara un aullido de furia, que debió de oírse en toda la casa. Bajó la cabeza para besarla, pero ella giró la cara para que no pudiera hacerlo.

—¿Te atreves a resistirte a mí?, creía que estaba claro que no podías hacerlo —su voz sonó amenazante.

—Ya me tienes en la cama, puedes hacer lo que quieras con mi cuerpo, pero besar es algo que se da por cariño. Y el cariño no se puede comprar.

—¿Cómo te atreves? —durante un momento pareció que iba a estrangularla,

pero entonces llegó su liberación. Se quedó encima de ella, con la cabeza metida en el hueco de su cuello, intentando recuperar la respiración.

Rodó fuera de ella, colocando un brazo encima de sus ojos, sintiéndose el ser más ruin del mundo. Notó que ella se movía, y la vio levantarse para ir a la jofaina a lavarse, se levantó tras ella.

Cuando llegó a su lado, ella ya tenía el paño húmedo en la mano, y buscaba un sitio donde tener algo de intimidad. Él le quitó el paño de las manos y la cogió por la muñeca. Volvió a sentarse en la cama, y la atrajo hacia él, observando atentamente su rostro. Parecía algo ida, pasó el paño suavemente retirando la mezcla de semen y sangre que tenía dentro, y la limpió a fondo, así como los

muslos que también tenían algo de esa mezcla. Cuando terminó, dejó el paño en el suelo, y la sujetó suavemente por las muñecas, notó que ella dio un respingo al hacerlo, miró más atentamente, y vio cercos morados alrededor, con formas de dedos.

—¿Quién te ha hecho esto? —siseó furioso.

—Tú—susurró ella. Él la miró atónito, pero haciendo memoria, tenía razón, la había cogido unas horas antes, con mucha fuerza por las muñecas. Las levantó hacia sus labios para besarlas, pesaroso,

—Lo siento, intentaré que no vuelva a ocurrir. Lynnae, me imagino que me odias, pero necesito que sepas que esto no es un capricho. Tú eres mi compañera,

la que me estaba destinada desde que naciste, incluso antes. Es muy importante para mi cordura que estemos juntos. No te seré infiel nunca, ni te trataré mal, te lo prometo. Necesito que tengas paciencia conmigo, sé que eres muy joven, pero no te arrepentirás si lo haces.

Ella agachó la cabeza confusa, parecía una declaración, como si casi le estuviera prometiendo matrimonio. Ahora se le veía más tranquilo, tenía los ojos violetas de nuevo, y el gesto de la cara relajado.

—¿Qué dices, nos darás una oportunidad? —ella se encogió de hombros sin saber qué contestar, iría afrontando lo que le deparaba la vida como pudiera.

OCHO

La fiesta era muy alegre, todos los invitados parecían pasarlo muy bien a juzgar por los gritos que se oían. No era habitual asistir a una fiesta con tal cantidad de bebida, comida y diversiones. El rey Filip estaba sentado en el lugar de honor de la mesa, donde habitualmente se sentaba Gunnar, acompañado por éste. Al otro lado del rey se sentaba la reina Rygnord, que hablaba amistosamente con Gunnhild.

Esta parecía muy feliz mirando alrededor, segura de que muy pocos de los asistentes, habían asistido antes a una fiesta semejante. Llevaba preparándola meses, primero tuvo que

convencer a Gunnar para celebrarla, y, cuando lo hizo, tuvo que conseguir que asistieran los reyes, y así, consiguió que vinieran caudillos y jarls, incluso de fuera de la isla. Nadie igualaría su fiesta, ¡nadie! Contestaba a las preguntas de la reina feliz al ver que, hasta su vestido parecía más lujoso.

Había contratado juglares y saltimbanquis, que estaban haciendo las delicias de los invitados, y que habían venido también desde el continente. Gunnhild en un despiste de la reina, miró a Gunnar para intentar adivinar su humor. Parecía algo enfadado, el rey, sin embargo, bebía feliz el vino de España que Gunnar guardaba para las ocasiones especiales, y gritaba golpeando la mesa al compás de la música, como hacían los

demás. Gunnhild agachó la cabeza sin lograr comprenderle, estaba segura de que se daría cuenta de lo que había trabajado en la fiesta, y cambiaría de opinión.

Por su parte, Gunnar picoteaba la comida enfadado, no entendía qué hacía allí, debería estar con Lynnae. Tenía que hablar con ella, y explicarle por qué actuaba así. No quería que pensara que era una más, que solo le servía para retozar en la cama. Para él era mucho más que eso, pero cuando estaba con ella no era capaz de pensar racionalmente, su inteligencia se veía reducida al mínimo en su presencia. En esos momentos, solo deseaba marcarla como suya y que nadie nunca, y ella menos que nadie, pudiera dudar a quien pertenecía.

Miró a su alrededor, ella tendría que estar aquí con él, a su lado, no estaba bien que tuviera que esconderse, miró hacia la puerta que daba al pasillo que conducía a su habitación. Con tanta gente levantándose, ya medio bebidos, seguro que nadie se daría cuenta si se escapaba un momento..., estaba planeando cómo sería mejor que lo hiciera, cuando escuchó la voz de Filip, que además le cogió del brazo,

—¡Vamos amigo, no te hagas de rogar! —le miró, y al ver que señalaba hacia Gunnhild, se quedó en blanco. No sabía qué le estaban pidiendo, hasta que esta se levantó, y el rey le dijo al oído,

—Tu señora quiere bailar, te concedo que comiences a hacerlo antes que nosotros, más que nada, porque si yo

bailo, con lo que he bebido, acabaré con mi pobre reina en el suelo—festejó lo dicho con unas carcajadas, y dio una palmada a su amigo en la espalda para animarle. Gunnar, con una sonrisa falsa que no podía evitar, se levantó y fue a por Gunnhild, ella irguió la cabeza y esperó a que fuera a buscarla. Estaba dispuesta a pelear por él hasta el final.

Lynnae ya había llevado la cena a Käresson, había conseguido que comiera un poco, y había estado bastante rato con él. Pero él seguía durmiéndose incluso mientras hablaban, cada vez más débil. El médico había vuelto a venir, y le había dicho que no podía hacer nada más por él. Él también le había visto peor, se frotó los ojos, para no llorar. Tenía que

estar agradecida, porque sus últimos días fueran tranquilos y felices dentro de su enfermedad.

No quería desobedecer a Gunnar, pero desde su habitación se escuchaba el ruido de la fiesta, y sentía mucha curiosidad. Le había dicho que no saliera de la habitación, que no debían verla. Se deslizó fuera, hacia el pasillo, deseando observar a la gente bailar. Se aseguraría de que no la vieran, pero quería ver cómo era una fiesta de verdad, nunca había visto una. Käresson le había hablado de ellas, había ido a varias cuando era joven, y decía que bailar era muy divertido.

Desde la oscuridad del pasillo, pudo ver a una pareja bailando en el centro del salón, siguiendo el ritmo de la música. Lo

hacían muy bien, como si fueran uno, ella se descubrió deseando ser esa mujer. Era morena, llevaba un traje precioso, y era muy hermosa. Uno de los giros que dieron, hizo que viera la cara de su pareja, era Gunnar, se llevó la mano a la boca para no hacer ningún ruido. La música tocaba a su fin, cuando terminaron el baile, él se llevó la mano de la mujer a los labios y la besó en el dorso, pero los invitados no se contentaban con eso. Todos pidieron un beso de verdad, y, después de pensarlo unos segundos, Gunnar inclinó la cabeza y se lo dio.

Lynnae sintió como si le hubieran dado un golpe en el estómago, de repente, sintió que le faltaba el aire. Escuchó en su cabeza las palabras de él, “te seré siempre fiel”, esperó a que la

pareja, se sentara antes de escapar a su habitación. Por el camino, la mujer hizo que él se parara y le dio otro beso, más fogoso aún que el anterior. Lynnae entornó los ojos al observarlo, y una idea se introdujo en su mente. Se dio la vuelta, incapaz de seguir allí, y se dirigió a la cocina, necesitaba hablar con Seren.

La cocinera por fin tenía un momento de paz, ya había terminado la cena, y las tres chicas, que estaban fregando, incluyendo a Nilsa, iban a buen ritmo. La anciana estaba sentada a la mesa, por primera vez en todo el día, ni siquiera había comido, cuando vio aparecer a la muchacha. Se puso de pie muy nerviosa, el señor había dejado claro que no debía salir de su habitación.

—¡Muchacha! — se levantó para

llevársela, hasta el momento Gunnhild no conocía su existencia, y era el peor día para que la descubriera—ven conmigo—Lynnae se dejó llevar, ella también quería quedarse a solas con la anciana, y saber qué estaba pasando. Sabía que era poco más que una niña, y que, a pesar de su vida, era muy inocente, pero no podía creer lo que se le había ocurrido, seguramente habría alguna explicación. Llegaron a la habitación que ocupaba, junto a la de Gunnar, aunque él se quedaba todas las noches con ella. Seren la hizo pasar primero y luego entró ella. Se apoyó en la puerta, mirándola con ojos asustados,

—¿Estás loca?, sabes lo que te dijo el señor—Lynnae no la contestó, solo la miraba tranquila—contéstame niña, ¿qué

es lo que te pasa?

—Necesito que me digas la verdad Seren. Nunca diré que me lo has dicho tú, y después no me moveré de la habitación —la anciana la miró asombrada, no se le ocurría qué la preguntaría.

—Está bien, dime qué te preocupa

—¿Gunnar está casado? —Seren pensó mentirle, pero no le parecía justo. Era mejor que supiera lo que ocurría, y que, así, se pudiera acostumbrar a su situación en la casa.

—Casado no, pero Gunnhild es su concubina—Lynnae se puso pálida. Nunca había dudado de él, y menos desde que le prometió fidelidad, habría jurado que era sincero. Eso demostraba lo tonta que era.

Aturdida, se sentó en la cama,

dejando a Seren con el ceño fruncido mirándola. Se acercó a la chica, al ver su actitud, intentó justificar lo que hacía Gunnar,

—Lynnae, no le des importancia, creo que entre ellos ya no queda nada.

—Me ha mentado—no parecía enfadada, solo sorprendida—¡yo he creído todo lo que me ha dicho y me ha mentado! —miró a la anciana, que pudo ver la decepción en sus ojos. La mujer sintió tristeza al verlo, esa chica ya había sufrido demasiado en su vida.

—Creo que es verdad que él siente algo por ti, y que no te abandonará nunca. Mira cómo está cuidando de tu maestro—pero Lynnae estaba aprendiendo rápidamente, en ese momento terminó de crecer.

—Está cuidándole porque quiere que yo caliente su cama, aunque no entiendo por qué yo, podría conseguir mujeres más bonitas. Si no fuera por Käresson, me iría y no volvería nunca—Seren la miró asustada, no había hablado con enfado, sino convencida. No tenía ninguna duda de que eso es lo que haría.

—¡No digas eso!, ¿no te da pena lo preocupadas que estaríamos Nilsa y yo?, no podríamos estar tranquilas sin saber lo que sería de ti...—pero Lynnae simplemente se encogió de hombros, y se quedó mirando el fuego.

La anciana, viendo que no iba a conseguir hacer que entrara en razón, no le dijo nada más, y salió de allí. Esto no podía acabar bien, además, aunque no le habían dicho nada, su anciano maestro

estaba mucho peor, el médico había dicho que no le quedaba mucho.

Gunnar creía que aquél suplicio no se acabaría nunca, la necesidad de desaparecer de allí, hizo que bebiera más que nunca. Afortunadamente, el rey se cansó y se fue a su propia habitación. A pesar de la insistencia de Gunnhild para que compartiera la suya, le dijo que no en varias ocasiones, y consiguió escaparse. Entonces hizo lo que había deseado hacer toda la noche, ir junto a su compañera. Aquella muchacha que le tenía enloquecido y que no conseguía que le demostrara algo de cariño. Y eso era lo que él más necesitaba.

La encontró tumbada de lado en la cama, mirando el fuego por lo que no

podía ver su cara. Sonrió feliz, convenciéndose de que, el hecho de que estuviera allí, era síntoma de que le deseaba.

—Ya estoy aquí Lynnae, la noche se me ha hecho interminable—Lynnae se sintió estremecer, se le habían agotado las lágrimas, y sentía el cuerpo y la cabeza extrañamente aletargados. Escuchó el roce de sus ropas que le indicó que se estaba desnudando, pero no se sintió con fuerzas para darse la vuelta.

La cama se hundió, y ella se agarró al colchón para no rodar hacia él, pero fue en vano, porque él la cogió de la cintura y la pegó a su cuerpo. Después, comenzó a besarla insistentemente por el cuello, mientras sus manos acariciaban sus

pechos.

Ella no pudo evitar que sus pezones se irguieran, como si siguieran las órdenes de los dedos de él, que insistía en excitarlos tirando de ellos. Ella se mordía los labios para no gemir de placer,

—¿Te gusta? —susurró en su oído, ella cerró los ojos pidiendo fuerza para conseguir que su humillación no fuera tan grande, no quería decirle lo que le hacía sentir. Olió el alcohol en su aliento, él cada vez apretaba con más fuerza sus pechos, pero no se quejaría. Esperaba que le hiciera moratones, y que los viera al día siguiente. Sabía que eso le haría sufrir. Cuando se dio cuenta que ella no contestaría y que no se daba la vuelta, la hizo girarse, mirándola fijamente, sus ojos amenazaban tormenta,

—¿Qué te pasa? —ella negó con la cabeza, pero de repente, sintió unos deseos incontrolables de hacerle daño, ella había estado sufriendo toda la noche, y él bebiendo y bailando.

—Nada, ¿quieres que me abra ya de piernas?, así terminamos antes, no tengo porqué disfrutar, lo sabes...—él comenzó a ponerse rojo, como si se sintiera insultado. Agarró sus brazos y se colocó encima de ella.

Gunnar quería asustarla, necesitaba que le temiera, igual que él tenía miedo de que ella se fuera un día y no volviera a verla. En realidad, nada le ataba a él, solo la enfermedad de un anciano, a quien, según le había dicho Hansel, no le quedaba mucho tiempo.

—Vamos Gunnar, acaba ya, en

realidad, es como otra necesidad que tiene tu cuerpo. Hoy ya has cenado, y has bebido, tendrás que expulsar tu simiente en algún sitio, ¿no es así? —el gemido de dolor de él debería haberla llegado al corazón, pero ya no creía nada de lo que él dijera.

—No sabes lo que dices—hablaba entre dientes con dificultad, como si le costara unir las palabras, su furia estaba incrementada por el alcohol—no soportarías que te follara. Eso es lo que ocurre, cuando no hay cariño entre las dos personas. Yo nunca te he tratado así —ella reaccionó como él nunca se hubiera imaginado. De repente, comenzó a pegarle con los puños en el pecho, no le hacía daño, por supuesto, pero le dejó asombrado.

—¡Mentiroso! ¡eso es exactamente lo que es!, está bien, pues fóllame ya y acabemos con esto. Luego me iré a dormir donde sea, no creo que sea necesario que durmamos juntos, abrazados, como si sintieras algo hacia mí —estaba tan dolida que no sabía lo que decía, pero a la vez, no quería que se diera cuenta de por qué estaba tan enfadada.

Gunnar la zarandó fuertemente, y la besó en los labios de manera salvaje, hasta el punto de que le hizo sangre. Ella se sintió feliz por haber conseguido hacerle daño, ella le había creído y sangraba por dentro, porque realmente había pensado que le importaba. Por primera vez había creído que alguien, aparte de Käresson, la quería. Que era

especial, pero todo era mentira,

—¡Cómo te atreves! ¡no olvides que ese viejo depende de ti! —ella estaba esperando que le dijera eso.

—¡Qué cobarde eres, utilizarle para tenerme en tu cama!, en cuanto Käresson muera, me iré y no me encontrarás nunca —él volvió a besarla haciéndole daño, pero ella no se quejó. Tiró del pelo de Gunnar fuertemente, intentando levantar su cabeza para separarle de ella, pero él no se movía. Cuando se apartó de ella, los dos casi sin aire, los labios de los dos estaban hinchados y rojos.

Lynnae, que siempre había pensado que era una chica pacífica, no se reconocía a sí misma. Quería pegarle, hacerle el mayor daño posible.

—¡Nunca te irás! ¡nunca! ¿me oyes?

—ella abrió la boca para protestar, pero volvió a besarla con fuerza, entonces, ella cerró los dientes para que no le metiera la lengua.

Él manoteó en sus pantalones, hasta que consiguió sacar su polla y colocársela a ella en la entrada. Entonces, se dio cuenta de que tenía puesta la camisola y las bragas, se puso de rodillas entre sus piernas, y agarrando el borde de la prenda con las dos manos, la rompió. Las bragas también las hizo jirones, y la observó desnuda encima de la cama. Sus ojos se demoraron, un momento, en las rojeces de los pechos, pero no se permitió apenarse por ello. Su instinto animal le exigía dominarla.

—¡Eres mía!, lo aprenderás como sea—ella le miraba con los ojos

entrecerrados, volvió a tumbarse encima de ella, y abrió con fuerza sus piernas para que estuviera más abierta. La cabalgata de esa noche sería salvaje, no podía evitarlo.

—¡Prepárate!, voy a entrar tan dentro de ti, que nunca te olvidarás a quién perteneces, igual que yo tampoco puedo olvidar que soy tuyo.

La penetró de una poderosa embestida, que hizo que ella gritara por el dolor. Estaba seca, porque en esta ocasión no se había molestado en prepararla para que no sufriera, estaba demasiado desquiciado. Sus acometidas eran bestiales, ella se agarraba a las sábanas como podía, intentando contener los gemidos de placer, porque después de las primeras penetraciones, su cuerpo

traidor de nuevo le respondía.

A pesar de que Gunnar quería que ella sufriera como le estaba haciendo sufrir a él, había entrelazado sus dedos con los de ella, y continuamente, bajaba su cara para besarla, pero ella apartaba la cara. El sudor le chorreaba por la cara, cayendo sobre los pechos de ella,

—¡Mía!, para siempre—amenazó— si huyes te encontraré, ¡maldita seas, maldita seas, me estás matando! —siseó, se mordió los labios al darse cuenta de que estaba descubriéndole su secreto más profundo, que él no podría sobrevivir sin su amor. Sus ojos fulguraron como nunca, y se vació dentro de ella. Lynnae sintió que aquél líquido proveniente de las entrañas de él, ardía dentro de ella, como nunca lo había hecho. Sin poder evitarlo,

también se corrió, y gimió al hacerlo. La sensación fue tan fuerte, que tuvo que luchar para no desmayarse. Respiró hondo, llenándose con el olor de él, que estaba encima de ella con la cabeza escondida en su cuello.

Él, a continuación, se separó, y se tumbó de lado, dándole la espalda. Ella hizo lo mismo, pero los dos se volvieron, al abrirse la puerta y estrellarse contra la pared, instantes después. Gunnar se levantó enseguida, con la espada en la mano, dispuesto a morir por proteger a Lynnae. Pero el peligro no era de ese tipo, cuando vio a Gunnhild, se acercó a su compañera y la tapó con las sábanas, él aún permanecía desnudo. Entonces se puso los pantalones, de pie, y se encaró con la mujer. Acercándose a ella, cogió la

puerta, y le dijo,

—Si quieres que hablemos, vamos a otro sitio—pero Gunnhild negó con la cabeza. Las lágrimas que tenía tantas ganas de verter, se habían petrificado, al escuchar en el pasillo, el sonido inconfundible de Gunnar haciendo el amor.

Había ido decidida a hacerle cambiar de opinión, y ahora entendía el porqué de sus rarezas últimamente. Como la mayor parte de las mujeres enamoradas, echó la culpa a la persona que no debía. Se acercó a Lynnae, con las manos transformadas en garras, dispuesta a destrozarle la cara. Gunnar la sujetó por la cintura pesaroso. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado?

—Ella no tiene la culpa, Gunnhild,

antes de que la conociera, ya estaba todo muerto, y tú lo sabes.

Lynnae, tapó su desnudez con la sábana, para poder salir de la cama, y se fue al fondo de la habitación para vestirse discretamente. Le costó hacerlo porque le temblaban las manos terriblemente. Cuando volvió a mirarles, la mujer se había sentado, y Gunnar estaba acuclillado frente a ella.

Se fue a la cocina, y se sentó en una silla junto al fuego, ahora no había nadie allí. Se miró las manos, seguían temblando, las juntó para intentar que no lo hicieran. Escuchó un ruido de pasos corriendo por el pasillo, que le extrañó y fue a mirar, el ruido venía de la zona de los sirvientes. Corrió hacia allí, con el corazón en la boca. Los compañeros de

habitación de Käresson habían salido y estaban en el pasillo, hablando entre ellos. Cuando llegó, ellos callaron, sabían quién era, además Äsmund les había avisado que no la contrariaran, porque era muy querida para el señor.

Entró de prisa, casi sin poder respirar, para ver lo que ya imaginaba, cuando lo tuvo ante sus ojos, sus pasos se ralentizaron. Por lo menos parecía haber muerto tranquilo, tocó su frente con el dorso de su mano, todavía estaba tibia, agachando la cabeza le dio un beso delicado. Luego cogió su mano huesuda y la apoyó en su mejilla, al notar el roce, por última vez, del único ser humano que la había querido, se dejó caer de rodillas y gritó con todas sus fuerzas. Entonces comenzó a llorar apoyando la cabeza en

el colchón, mientras con la mano seguía manteniendo la del único padre que había conocido, aferrándose a él con todas las fuerzas de la que era capaz.

Gunnar se levantó a abrir la puerta agotado por intentar consolar a Gunnhild, que seguía llorando sin parar. Se sentía el ser más ruin sobre la tierra. Tras la puerta estaba Äsmund, y parecía muy nervioso,

—Señor, Gunnar, ha ocurrido algo...

—Gunnar sintió algo en su nuca, que hizo que saliera corriendo. Enseguida escuchó sus gritos, eran de agonía, como si se le hubiera roto el corazón en mil pedazos. No podía soportar escucharlos, cuando llegó allí y la vio de rodillas llorando destrozada, conoció la diferencia entre amar de verdad a una persona o no. Sentía las lágrimas de Gunnhild, pero las

de Lynnae, eran como puñaladas en su corazón.

Se arrodilló junto a ella, y pasó la mano por su pelo intentando calmarla, y que supiera que estaba allí, pero ella se volvió hacia él mirándole con odio,

—¡No me toques! —susurró, él, al ver su mirada, se le pusieron los pelos de punta. Sabía que estaba dolida, pero tenía que dejarle que la confortara,

—Lynnae, ven conmigo, déjame que...

—¡No!, ya no puedes obligarme a hacer nada—señaló a la figura inmóvil, que estaba encima de la cama como testigo mudo de aquel drama—¿Ves a este anciano?, es la única persona que me ha querido en el mundo. ¡Nadie más!, nunca tendré a nadie que me quiera como

él. ¡No quiero volver a verte nunca! —él asintió, necesitaba tiempo, pero, de todas maneras, no podía dejarla de rodillas junto al anciano muerto. Vio a Seren en el pasillo y le hizo una seña, la anciana se acercó seguida por Nilsa,

—Llévatela, quédate con ella esta noche, mañana le enterraremos—cuando Seren la ayudó a levantarse, ella se dejó llevar dócilmente, entre las dos mujeres la sacaron de allí. Gunnar esperó a que saliera, y luego fue a hablar con Äsmund para prepararlo todo para el día siguiente, para él acababa de morir el padre de su andsfrende. Aunque ella no reconociera que era su compañera, para él lo era, y ya nada podía cambiar eso.

NUEVE

Que gran contradicción que, al entierro de un hombre, que en sus últimos años había dormido en incontables ocasiones en las cunetas de los caminos, acudieran, entre otros, los reyes de su país, y uno sus amigos más queridos y famoso por sus dotes guerreras, Gunnar, el Señor de los Lobos. El resto de los invitados a la fiesta acudieron al entierro, pensando que habría muerto algún jarl o caudillo de esa tierra.

A pesar de que Gunnar le dijo a Filip que no era necesario que fuera al entierro, este había observado lo aturdido que parecía su amigo, y aunque no llegaba a entender por qué, le dijo que

iría. Gunnar se sentía muy inquieto, estaba de pie en un lado de la tumba, Gunnhild estaba a su lado, llorando, aunque solo él sabía que no lloraba por el muerto, y a su lado se encontraban los reyes. Detrás de ellos permanecían los demás invitados, y enfrente, estaba Lynnae, apoyada en Seren.

Su compañera parecía confundida, su mirada estaba vacía, y tenía grandes bolsas bajo los ojos, seguramente habría estado llorando toda la noche. Gunnar sentía un hormigueo en los dedos, él tampoco había dormido, acuciado por la necesidad de tenerla en sus brazos y consolarla. Pero durante la noche se había acercado a la habitación de Seren un par de veces, y la anciana le había dicho que, todavía no estaba preparada

para hablar con él.

Bajaron el cuerpo a la tumba y le echaron la tierra encima, luego, se fueron todos. Comenzó a llover, y Lynnae no se movía, Seren le decía algo al oído, seguramente intentando convencerla de que fueran a la casa, pero ella no parecía darse cuenta de lo que ocurría alrededor.

—Gunnar vamos, los reyes ya se han ido, es de mala educación que nos quedemos aquí—él asintió, y echó una mirada a Seren, la anciana le hizo un gesto asintiendo, para que se fuese tranquilo. Se dejó llevar por Gunnhild, que intentaba guardar las apariencias, y se dirigieron al castillo, que estaba frente a ellos. Cuando ya estaban a punto de entrar, volvió la cabeza para mirarla, seguía en la misma posición, el pelo

suelto rodeaba su frágil cuerpo, y estaba totalmente empapada. Se esforzó para seguir andando, y no volver a por ella, para que no siguiera mojándose bajo la lluvia.

Se dirigieron al salón, y él se colocó junto a la única ventana que había, que le había costado una fortuna, para observar cuando volvía. Si no aparecía pronto, iría a buscarla y si a los demás no les gustaba, le daba igual. Poco después las observó volver, se sujetó con fuerza a los brazos de la silla para no ir a por ella y llevársela lejos, los dos solos. Tenía que ser él, el que la consolara, nadie más. Gunnhild intentaba mantener una conversación, y la reina Rygnord intentaba seguirla. Los dos hombres sin embargo no hacían ningún esfuerzo por

hacerlo, Gunnar seguía con la mirada fija en el pasillo por donde acababa de desaparecer Lynnae, y el rey le observaba fijamente a él.

Por fin Filip pareció tomar una decisión y habló en voz alta, Gunnar, concentrado en sus propios pensamientos, no escuchó lo que dijo. De repente, todos los que estaban en el salón, se levantaron y salieron, incluyendo a Gunnhild y la reina. Miró al rey asombrado, éste sonreía irónico,

—Tengo que agradecer que, todas las veces que has peleado por mí en tantas batallas, no estabas así, sino, me atrevo a asegurar que mi amigo el lobo no hubiera conseguido tantos éxitos, ni yo tampoco, por supuesto—Gunnar sonrió algo avergonzado, tenía razón, en su

cabeza ahora mismo, solo cabía ella. Sabía lo que ocurriría a continuación, y para él era una liberación, por fin, poder ser sincero,

—¿Es necesario que te pregunte, amigo? —negó con la cabeza, porque no era necesario, hacía tiempo que tenía que haber sido honesto consigo mismo y con ella.

—Se trata de Gunnhild—le miró a los ojos, transmitiéndole toda la sinceridad que sentía en su alma,

—¡Ah! Entiendo—por su mirada parecía que, en verdad entendiera—¿todo esto no tendrá que ver con esa jovencita, que estaba hoy en el entierro tan afectada? —Gunnar le miró, con los ojos de nuevo resplandecientes—veo que sí. Gunnar, te voy a hablar como lo haría

con un hijo, ya sé que me vas a llamar cínico, pero no tienes por qué elegir. Puedes tenerlas a Gunnhild y a ella, ninguna ley lo prohíbe, y las mujeres tienen un corazón grande, que sabe perdonar. Si quieres que yo hable con ella...

—Filip, no continúes—no sabía por dónde empezar a explicárselo—sabes que soy un berserker—su amigo asintió— lo que no sabes, es que, para poder tener una larga vida, plena y feliz, tengo que encontrar a la mujer que me ha sido destinada—el rey enarcó las cejas incrédulo.

—No lo había oído nunca—parecía incrédulo.

—Los berserkers no suelen vivir una larga vida, porque no encuentran a la

mujer adecuada. Terminan locos, asesinando sin control a amigos y enemigos sin distinción, hasta que alguien tiene que matarlos a ellos para que dejen de sufrir, y la humanidad también—miró al frente abstraído, recordando.

—Mi padre encontró a la mujer que lo completaba, mi madre, y viven felices desde entonces, es el mejor hombre y más cuerdo que se pueda uno imaginar. Y el más testarudo—sonrió— Siempre he tenido de ejemplo de lo que me gustaría tener en mi vida, su matrimonio, aunque no lo supiera hasta que conocí a Lynnae —miró al rey, pero parecía tan asombrado que no contestó—si Gunnhild no hubiera sido prima tuya, hace tiempo que nos habríamos separado. Me está costando mucho convencerla, porque ella no quiere

hacerse a la idea de que, lo nuestro, está muerto hace mucho.

—Lo siento Gunnar, no tenía ni idea. Cuando te la presenté, lo hice con la mejor intención. Ella se había encaprichado de ti nada más verte, y pensé que, necesitarías una mujer en tu nueva vida—se levantó suspirando—pero no siempre salen las cosas como se disponen. Por Gunnhild no te preocupes, hablaré con ella, y me la llevaré a la corte cuando me vaya. Ahora, le diré a la reina que vaya preparando todo, y saldremos mañana al amanecer, manda aviso para que preparen mi barco, por favor.

Gunnar asintió serio y agradecido

—Ya le he dicho que no se preocupe, porque económicamente seguiré manteniéndola—el rey hizo un

gesto con la mano para que dejara de hablar.

—Se quedará un tiempo en la corte con nosotros, y luego, ya veremos. Si quiere volver con sus padres, ya sabes que tienen buena posición. Está más hermosa que nunca, y estoy seguro de que encontrará a algún enamorado.

Gunnar alargó su mano para estrechar el antebrazo de su rey,

—Gracias majestad—pero el rey le abrazó efusivamente, luego, le miró de nuevo antes de hablar,

—Recuerda siempre que, antes que nada, me considero tu amigo.

—Muchas gracias Filip—con una última palmada el hombro, el rey se fue, dejándole solo por fin. Entonces, él se encaminó hacia la habitación de Lynnae,

esperando encontrarla sola, pero no fue así. Seren estaba sentada junto a la cama, se acercó a él en cuanto entró,

—Le he dado algo para dormir, no ha podido hacerlo en toda la noche—él asintió con el ceño fruncido.

—No puedo quedarme ahora con ella, pero esta noche vendré a dormir aquí. No me importa lo que ella diga—la anciana asintió nerviosa, Lynnae le había dicho, que no soportaría que la volviera a tocar. Ella creía que por su boca hablaba el dolor, no sus verdaderos sentimientos, pero no se atrevía a decirle nada al señor. Asintió sin saber qué hacer. Él se acercó a la cama y le acarició un mechón que caía por fuera de las sábanas, y luego, con una última mirada torturada, salió.

Lynnae se despertó sobresaltada, por un momento, no recordó nada, y miró alrededor, hasta que se dio cuenta de que solamente estaba con ella Seren, y que la pobre, se había quedado dormida en una silla. Todavía había fuego en el hogar, no debía haber amanecido. El fuego duraba, aproximadamente, hasta que salía el sol. Se levantó de la cama nerviosa, no podía quedarse allí, ahora no había ninguna razón para ello. No sabía dónde iría, pero eso no importaba, ahora solo se tenía a sí misma. Deliberadamente no escuchó a su cabeza, que le gritaba que se quedara un tiempo al menos, y empezó a recoger sus pocas cosas. Dejó el libro que él le había prestado sobre la mesa, sintiendo un gran dolor al hacerlo. Para ella tenía un gran significado, como si dejara atrás

todo lo de él.

No sabía por qué se sentía así, si unas semanas antes le hubieran ofrecido la posición en la que se encontraba ahora, hubiera aceptado sin dudarlo. No era fácil ganarse la vida honradamente, y menos siendo una mujer sola. Pero se sentía muy dolida y abatida. La había engañado riéndose de ella. Lynnae sabía que era pobre, incluso ignorante, pero era una persona como él.

Nadie se merecía que le mintieran de esa manera, si no le hubiera dicho nada, ella hubiera cumplido su acuerdo y no tendrían ningún problema. Pero él, aún no sabía por qué, había querido que creyera que era alguien importante en su vida. Se regañó a sí misma por seguir pensando en ello. Terminó de vestirse

silenciosamente y salió de la habitación, con los zapatos en la mano para que Seren no la oyera.

Al salir al pasillo, escuchó mucho ruido, y se dirigió al salón, de donde venía el barullo. Varios sirvientes a los que no conocía, iban de un lado a otro con bolsas, bandejas, y montones de ropa. Uno de ellos al que preguntó le dijo que los reyes, y los invitados se irían ese día. Pensó, durante un instante, en irse con ellos, escondida en algún sitio, pero la descubrirían enseguida.

Estaba tan abatida, que no se sentía con fuerzas suficientes para irse sola. Salió al patio y vio a los juglares y trovadores, que se preparaban también para salir, después de dormir en el castillo. Se acercó a una de las mujeres para

hablar con ella, afortunadamente, había dos mujeres jóvenes en el grupo. Le contestó que les podría acompañar, si podía andar al mismo paso que ellos. Pero que, si no lo conseguía, que se quedaría sola, porque no la esperarían. Ella asintió rápidamente, y miró su bolsa, llevaba lo poco que tenía en ella. Corrió a la cocina a por algo de pan y un pellejo de agua, no creía que a Gunnar le molestara que se lo llevara. Sintió algo de tristeza por irse de allí, pensó en Seren y Nilsa, pero era mejor para ellas no saber que se iba. Enderezó sus delgados hombros, y salió de nuevo al patio. Minutos después, acompañando a aquel grupo tan curioso, comenzaba de nuevo a andar.

Gunnar despertó inspirando

profundamente, de nuevo ocurría algo malo. Se sentó en la cama, soltando el cuerno de hidromiel vacío, que no había dejado de llenar toda la noche, hasta que había sido capaz de dormir. Se levantó con un dolor terrible de cabeza, y sintiendo que no podía abrir los ojos. Fue hasta la jofaina y se lavó la cara, luego se echó el agua de la jarra sobre la cabeza. No podía perder tiempo, tenía que averiguar qué ocurría.

Primero fue a la habitación de ella, que estaba al lado de la suya. Estaba vacía. Con un mal presentimiento cada vez mayor, corrió a la cocina, allí estaba Seren, sentada, llorando, y limpiándose, con el vestido, las lágrimas. Cuando le vio, se puso pálida, y se levantó de la silla con cara de angustia. Él levantó su

cabeza y aulló como el lobo que decían que era. El sonido hizo que temblaran todos los de la casa que estaban despiertos, y los que aún dormían despertaron, pensando, que ese ruido solo podía provenir de una pesadilla.

Los reyes estuvieron preparados un rato después, mucho más rápido de lo habitual, porque un Gunnar furioso, y al que nadie se atrevía a contradecir, se había ocupado de que sus propios sirvientes ayudaran a los de los reyes, para que se pudieran ir antes. Necesitaba que todos, incluida Gunnhild se fueran ya, para que cuando volviera con Lynnae, no hubiera más malentendidos.

Cuando todos, incluyendo Gunnhild, que se fue sin despedirse, se hubieron ido, corrió hacia los establos y preparó su

caballo de guerra, para salir a buscarla. Había dos opciones, o se había ido sola, entonces que los dioses la protegieran, porque cuando la encontrara le daría unos azotes y no se podría sentar en una semana, o se había ido con los saltimbanquis. Sus hombres le habían dicho que se habían ido un par de horas antes. Axel y Niels querían acompañarle, pero se negó, esto tenía que hacerlo solo. Y tenía la intuición que sería mejor para Lynnae y para él, que fuera él solo a buscarla.

Su caballo galopó tras ella como si sintiera la misma necesidad de encontrarla que el hombre que le montaba. Gunnar por primera vez desde hacía mucho tiempo, años quizás, se sentía liberado. Estaba seguro de que la encontraría, le

llevaban muy poco tiempo de ventaja, e iban a pie. No había pasado una hora, cuando vio el grupo en el camino. Ella iba al lado de las dos mujeres, que no paraban de parlotear, pero Lynnae llevaba la cabeza gacha, seguramente estaría agotada. Apretó los dientes, furioso, esta cabezonería suya tenía que acabar.

Lynnae sufría cada vez más pensando que no volvería a verle nunca, seguía dolida con él, pero era peor pensar que nunca más la abrazaría. Escuchó un ruido de cascos de caballo y se dio la vuelta, para verle montado en un animal enorme. Miró a los lados, pero no había ningún sitio a donde correr. Irguió la cabeza, no tenía por qué huir, no tenía ningún derecho sobre ella. Los diez componentes del grupo de actores con

los que viajaba, se pararon asustados al ver aquél enorme caballo.

Entonces, el animal comenzó a andar hacia ella, levantando mucho las patas, como si bailara. El grupo con el que iba se separó de ella, reconociendo al señor del castillo, donde habían estado el día anterior.

El famoso Señor de los Lobos, Gunnar, iba sin casco ni armas, solo llevaba la ropa con la que había dormido, no había sido capaz de pensar en cambiarse. Frenó al caballo, bajó de un salto, y se acercó a ella despacio, para que no huyera. Ella retrocedió hasta la cuneta, donde había unas dunas de arena, más allá estaba la playa y después el mar. Durante un segundo, ella pensó salir corriendo hacia allí para ganar

tiempo, pero cuando iba a hacerlo, él ya la había atrapado por la cintura. Ella se resistió sin gritar ni decir nada, entonces, la sujetó por los brazos con cuidado para no hacerla daño.

Se sentía extrañamente tranquilo ahora que la había encontrado. Sabía que ella sentía un gran dolor, lo notaba en su corazón, y lo que más deseaba ahora mismo, era que le dejara consolarla. La montó en el caballo sujetándola para que no saltara y se hiciera daño, y montó detrás. Luego, espoleó al caballo para que saliera de allí. Un poco más adelante, el camino se bifurcaba, podía seguir el camino para ir al pueblo, o entrar en el bosque. Decidió ir al pueblo, a los dos les vendría bien salir un poco y ver gente juntos.

—Vamos al pueblo, necesitas ropa, te compraré lo que quieras.

—No necesito nada—sonaba como una niña malhumorada, él sonrió al escucharla—y no tienes derecho al llevarme, no tenemos ningún vínculo—al ver que él no contestaba, se volvió, él le devolvió la mirada con una intensidad que la hizo sonrojar. Gunnar rio a carcajadas.

—Sí lo tenemos, y tú lo sabes. Puede que yo lo notara antes, por mi “naturaleza”, pero estoy seguro de que ahora tú también lo sientes, no creo que estuvieras feliz separándote de mí. ¿No sentías nada, ni siquiera algo de dolor por la separación? —ella se calló por testarudez, pero se puso nerviosa sabiendo que tenía razón. Era verdad que se había sentido muy mal, pensando que

no volvería a verle.

—Gunnhild se ha ido hace un rato con el resto de invitados. Ya había roto con ella, pero me pidió esperar a que se pasara la dichosa fiesta. Ahora solo somos tú y yo, y lo que nos depara la vida. Si quisieras darme una oportunidad, estoy seguro de que no te arrepentirías.

Lynnae no contestó, pero se relajó un poco. Estaba tan cansada, que no era capaz de tomar una decisión en ese momento. Le parecía difícil de creer que la quisiera, pero había ido a buscarla. Con el tiempo vería si era sincero, inconscientemente, se reclinó suavemente sobre el pecho de Gunnar, que se sintió emocionado al notarlo. En el siguiente recodo del camino, apareció el pueblo.

Gunnar aceleró, deseando que ella

disfrutara de las mismas cosas, que cualquier muchacha de su edad. Quería que tuviera todo lo que quisiera. Hubiera sonreído feliz si hubiera visto, la cara de fascinación que tenía Lynnae al entrar en el pueblo.

Estuvieron un par de horas allí, comprándole lo imprescindible, según Gunnar, y despilfarrando según Lynnae. Cuando volvieron al castillo, ambos llevaban una sonrisa enorme en sus caras.

DIEZ

Habían tenido suerte y habían encontrado dos vestidos que le servían en el pueblo, y Gunnar había encargado un par de ellos más, así como dos pares de zapatos al zapatero. Le había comprado su propio baúl para que lo guardara todo, y que reposaba en la habitación que compartirían desde ese momento, junto al de él. Después, ya era la hora de comer, y él insistió en que fuera al salón. Lo consiguió solo porque se empeñó en ello, porque Lynnae prefería mil veces comer en la cocina, donde se sentía más a gusto. Pero Gunnar sabía que era muy importante empezar, como quisiera seguir aquella relación. Y nunca

más la escondería, ni ella tendría motivos para pensar que se avergonzaba de ella.

Fue a buscarla a la habitación de los dos, donde estaba cambiándose, se había puesto uno de los vestidos nuevos. La acompañó, hablando con ella para que estuviera más tranquila,

—Te presentaré a Axel y Niels, son buenos amigos, de momento están viviendo aquí—ella asintió, estaba muy nerviosa. Él la sujetó del brazo y se inclinó hasta su oreja, para poder susurrar sin que nadie más le oyera;

—Recuerda que tú eres la persona más importante para mí, la única con la que deseo vivir lo que me quede de vida. Y que sea la madre de mis hijos—ella le miró con los ojos deslumbrantes, brillando como oro líquido. Él se sintió humilde por

primera vez en su vida, sobrecogido por su belleza. Su pelo tan claro, caía liso y larguísimo rodeándola como un manto, él alargó una mano para acariciarlo. Un mechón se pegó a su dedo, como si no quisiera que su mano se separara de él. Los dos rieron al verlo y continuaron hacia el salón.

La comida fue tranquila, pero Lynnae no dejó de mirar su plato, y sin participar en la conversación. Su silla estaba junto a la de él, Gunnar de vez en cuando le preguntaba algo, pero solo contestaba con monosílabos. Sus amigos intentaron distraerles, pero solo Gunnar les contestaba. Cuando la comida finalizó, Gunnar tenía el ceño fruncido, y Lynnae la sensación de que eso no funcionaría. Se levantó para ir a su habitación, pero él la

llamó.

—Espera, Lynnae, cámbiate, ponte otra ropa más cómoda, vamos a cabalgar —ella le miró extrañada, pero hizo lo que le dijo.

Rato después montaban, ambos, el caballo de Gunnar, ya que ella no sabía montar. Gunnar quería que ella se acostumbrara a estar con él fuera de la habitación, y lo conseguiría. Cabalgaron hasta la playa, donde a él le gustaba mucho ir a pasear, o simplemente sentarse frente al mar y dejar que le relajara. Sus ideas después, eran mucho más claras.

Desmontaron, y, cogidos de la mano comenzaron a andar por la arena, ella estaba feliz allí, tiró de su mano para soltarse, y así poder andar por la orilla, le

encantaba el agua.

—Otro día nos bañaremos—Lynnae miró el mar, el día era perfecto, el agua estaba calmada y hacía sol.

—¿Por qué hoy no? —le miró suplicante, él que no podía resistirse a ella, asintió comenzando a desnudarse. Ella abrió los ojos como platos e hizo lo mismo, dejándose la camisola. Él se lanzó al mar riendo, al ver cómo ella se ruborizaba por su desnudez.

Estuvieron jugueteando en el agua hasta cansarse, se abrazaron, se besaron, y, sobre todo, sus cuerpos comenzaron a acostumbrarse el uno al otro. En una ocasión, él la mantuvo abrazada largo rato, mientras hacía pie, con el agua por el pecho, y ella de puntillas, escondió largo rato la cara en su

cuello. Gunnar notaba sus lágrimas caerle por el cuello, quemándole por el camino. Entonces la abrazó más fuerte, su fortaleza estaba a su disposición, siempre.

—Min elskede, llorar por lo perdido, es un homenaje a la persona que se fue, eso dice siempre mi madre—la besó en la sien, emocionado, por recordar a su querida madre—tú le gustarías mucho—Lynnae le miró entonces, con los ojos rojos de la sal del mar, y de las lágrimas.

—¿Tu madre vive? —él sonrió algo avergonzado. Nunca hablaba de su familia.

—Sí, mi padre también. Y tengo una hermana, y dos hermanos—ella abrió la boca asombrada.

—¿Vienen alguna vez? —él negó

con la cabeza

—Hasta ahora, no. Mi padre y yo estamos enfadados. Pero cuando puedo, mando mensajes a mi madre, y a mis hermanos, para que sepan que estoy bien. Y ellos también me mandan cartas a veces, por medio de amigos que les han visitado.

—No me puedo creer que tengas familia y que no la veas, ¿Cuánto hace que no os veis?

—Cuatro años—ella frunció el ceño a punto de hablar, pero no se atrevió a hacerlo. Gunnar estaba seguro de que le iba a regañar, y también lo estaba de que, en poco tiempo, no dudaría en hacerlo.

Lynnae volvió a ocultar la cara en su cuello, asombrada de lo que acababa de descubrir sobre su familia. Eso no podía

seguir así, ella, que no había tenido a su amado maestro hasta los diez años, y antes no tenía a nadie, no podía entender que alguien tuviera familia y que no tuvieran relación. Se agarró más al cuello de Gunnar porque parecía que las olas eran más fuertes,

—Salgamos, el mar se está picando —la cogió en brazos y comenzó a correr como un chiquillo hacia la arena, lanzando gritos. Los dos rieron a carcajadas totalmente descontrolados, luego, se dejó caer en la arena, con ella encima, y continuaron riendo. El tiempo había cambiado, como solía ocurrir por aquellas tierras, y el sol se ocultaba tras una gran nube. Lynnae le miraba, mientras el aire frío, le ponía la carne de gallina,

—¿Y dónde vive tu familia? —él

contestó feliz de poder hablar de ellos por fin. Incluso, comenzó a pensar en la posibilidad de viajar con Lynnae a visitarlos, dentro de un tiempo. Estaba seguro de que, entre todos, harían entrar en razón a su padre.

Las semanas pasaron sin darse cuenta, Lynnae que nunca había conocido un hogar, por fin lo había encontrado. Y también el amor, porque ahora podía dar nombre a aquella emoción que sentía en el pecho cuando lo veía, o cuando, simplemente, pensaba en él. Gunnar había encontrado la paz y la felicidad, y cualquiera que le conociera, podía ver el cambio tan grande que había experimentado. Su sonrisa ahora, aparecía con facilidad, y solía vérselo

riendo a carcajadas con su compañera, o con sus amigos, con los que se habían terminado las incursiones nocturnas al pueblo. Todas las mañanas despertaba con ella entre sus brazos, y se dormía igual.

Esa noche, él esperaba en el salón a que se pusiera el vestido para la cena, iban a hacerlo solos, los demás ya lo habían hecho siguiendo sus instrucciones, ya que quería que esa noche fuera especial. Hacía un mes que vivían como pareja y que se habían hecho una promesa entre ellos, pero él necesitaba más, quería casarse, y esa noche se lo iba a pedir. Estaba muy nervioso, aunque no lo confesaría nunca. Había encargado un anillo al herrero del pueblo, ya que no había querido ir más lejos sin Lynnae, y

allí no había orfebre. Sería suficiente de momento, más adelante le compraría lo que quisiera.

La mesa estaba puesta para dos, los platos humeaban, y él vigilaba la entrada como un halcón. Cuando apareció, se levantó de la silla instantáneamente, y fue a recibirla. Ella se había quedado en la entrada dudando junto a Seren, que la había ayudado a ponerse el vestido nuevo. Todavía no tenía mucha confianza, a pesar de que él le pedía siempre, que no se preocupase tanto.

Tiraba de sus mangas, al parecer pensando que le estaban cortas, sin darse cuenta de que eran así. Cuando llegó junto a ella le hizo una seña a Seren para que se fuera, y le cogió la mano besándosela con pasión. Ella se sonrojó

al ver que los amigos de Gunnar, que estaban sentados junto al fuego, les miraban. Comenzaba a aceptar que siempre habría mucha gente mirándoles, levantó la cabeza y le sonrió. Él contestó con otra sonrisa feliz, y colocó la mano de Lynnae sobre su propio brazo, para acompañarla hasta su asiento.

Durante la cena, a pesar de que les había dicho que no lo hicieran, Niels y Axel se sentaron con ellos, para darles conversación. Al final de la cena, ella reía ya sin poder resistirse a sus bromas. Niels y Axel habían perfeccionado, hasta límites insospechados, el arte de discutir entre ellos. Se llevaban la contraria, siempre, no importaba de qué hablaran. Ella reía como una niña, y ellos cada vez hacían más tonterías. Gunnar estuvo callado y

sonriente observándoles, hasta que se hizo tan tarde que decidieron despedirse dejándoles solos. Fue generoso con el vino, ya que era una celebración, y un rato después, cuando le pareció el mejor momento, iba a sacar el anillo... cuando ella se levantó, sorprendiéndole, y carraspeó, también estaba nerviosa,

—Quiero decirte algo—él la miraba sin tener ni idea de lo que iba a decir—he sido más feliz que nunca estos días. Sé que, si hubieras conocido a mi querido Käresson, le hubieras cogido cariño. Como prueba de mis sentimientos, ya que no quiero que nunca dudes de lo mucho que significas para mí, he hecho esto—metió la mano en el bolsillo de su vestido y sacó una bolsita de terciopelo—Seren me ha enseñado a coser la bolsa—aclaró.

Se la dio para que él la abriera. Él apartó el plato que tenía delante, e intrigado, abrió la bolsa, que sonaba como si dentro hubiera piedras preciosas, y la volcó sobre la mesa con cuidado.

Eran runas, hechas con algún tipo de hueso, no podía ser de su elefante, porque todavía no le había dado el colmillo.

—Las he hecho a ratos, cuando no estábamos juntos, a veces tenía que mentirte diciéndote que estaba ayudando a Seren, cuando lo que hacía era tallarlas, porque si no, no hubiera podido terminarlas—sonrió antes de seguir—Los colmillos que he utilizado, son los del jabalí que cazasteis Niels y tú, hace dos semanas, al ver el animal, supe que podrían salir unas buenas runas. No son

las ideales para ti, pero—se encogió de hombros—esas las tallaré más adelante, si quieres.

Gunnar no podía hablar, lo que tenía delante era el mejor trabajo de labrado que había visto nunca. Tomó una de las runas en su mano derecha, y la mantuvo allí un instante, cerró los ojos y sintió cómo, en su mente aparecían imágenes a toda velocidad. Volvió a dejar, con el mayor cuidado, la runa junto a las demás.

Era un juego completo de runas, y todas parecían del mismo tamaño, estaban pulidas con tal cuidado, que reflejaban la luz como si fueran joyas. Los símbolos rúnicos que había grabados en ellas, habían sido hechos por una mano increíblemente habilidosa, eran rectos cuando tenían que serlo, y curvos si la

runa lo requería. Los surcos, además, estaban pintados con algún tipo de pigmento azul, que le recordaba al berserker, la miró, emocionado, ella le aclaró el porqué de ese color,

—Creo que tu gran fuerza en gran parte procede del berserker, no lo desprecies nunca, gracias a él estamos juntos—sonrió temblorosa, entre lágrimas. Él se levantó a punto de llorar también, sin importarle que le vieran, y la encerró entre sus brazos, jamás pensó que podría querer tanto a alguien,

—¡Casémonos! —le miró sorprendida, por la fuerza con la que la sujetaba, eso le indicaba cómo estaba de nervioso, esperando su contestación,

—Claro que sí, lo haremos, solo tengo una condición—sonrió traviesa, y

se la dijo al oído.

EPILOGO

El novio estaba dispuesto, todo estaba preparado, los invitados esperaban, pero la novia se negaba a salir de la habitación. Gunnar, volvió a salir fuera de la casa, para ver si llegaba alguien, pero no había caballos en el horizonte, y se encaminó a su dormitorio. Por el camino, Filip le hizo una seña, mientras hablaba con su reina alegremente.

Llamó a la puerta, y entró, todavía no la había visto, ella no había querido. Su andsfrende estaba sentada junto al fuego, aunque este estaba apagado, y miraba la pared de enfrente, con las manos enlazadas en su regazo,

—No han venido, Lynnae, por favor, ven, iremos a verlos nosotros. La semana que viene, si quieres—ella le miró testaruda, él ya se había dado cuenta lo cabezona que era. Casi más que él, y eso era mucho decir.

—¡No!, si no vienen, no nos casamos hoy, iremos a ver a tus padres y nos casaremos allí—él sintió erizarse la piel de todo el cuerpo, cogió su mano y la hizo levantarse. Admiró su vestido verde, que hacía justicia a su figura delgada. Llevaba cuatro trenzas, como era costumbre entre las novias, y el anillo que él le había dado, como siempre. Estaba más guapa que nunca.

—Nos casamos y luego, vamos a verlos, es lo más lógico.

—No, le escribí a tu madre que

esperaríamos a que vinieran, algo les habrá pasado.

—Lynnae no podemos decir a todos los amigos que han venido, que no hay boda.

—Claro que podemos. Tu madre se merece estar con nosotros, y tu padre también. ¿no te parece? —él asintió, pero no quería esperar más a que ella fuera su esposa, no sabía qué hacer...

—¡Gunnar, viene gente!, carromatos y caballos, la gente ha salido a ver quiénes son—Axel gritó la información y salió corriendo para no perderse nada. Ellos hicieron lo mismo cogidos de la mano.

Se colocaron los primeros, ante el castillo, esperando. Gunnar puso su mano de canto sobre sus ojos, intentando ver

algo, pero el sol le deslumbraba. Hacía un día magnífico, perfecto para una boda.

—Como no te comportes, Erik, te juro que me quedo a vivir con ellos una temporada. Y a ver a quién encuentras que te aguante, porque cada día tienes peor carácter—su marido, que montaba el caballo que había junto al suyo, sonrió irónico, como si ella no supiera que nunca permitiría que se separase de él. Cuando lo hacía, sencillamente no podía respirar.

—Cálmate mujer, o vas a dar un espectáculo—su voz, con los años se había vuelto más ronca, lo que le hacía aún más atractivo a los ojos de Yvette. Le miró, los años le trataban bien, aún estaba tan erguido como cuando era joven, y sus ojos eran tan feroces como

entonces. Su cuerpo seguía siendo fuerte y duro, y sus apetitos no habían disminuido, ella misma daba fe de ello, porque muchas veces tenía que pedirle que la dejara dormir.

—¡Mira! ¡Gunnar está allí! —señaló a su hijo más feliz que en mucho tiempo— su pobre cara—murmuró. Aunque su nuera la había avisado, la cicatriz que veía era terrible, tenía que haberlo pasado muy mal. Y tan lejos de su familia, ella como madre, tendría que haber estado a su lado.

—Como empieces a llorar, nos volvemos—Yvette le miró indignada, pero consiguió su propósito, y parpadeó para no llorar. Frenó el caballo y bajó corriendo de él, ya habían llegado.

Erik suspiró al ver cómo se echaba

en brazos de su hijo, como si hubiera vuelto de entre los muertos. Él mismo tuvo que respirar hondo antes de acercarse, ya que sentía un nudo sospechoso en el pecho.

—¡Hijo mío! ¡por fin! —acarició su mejilla destrozada y la besó con adoración, su hijo sonreía feliz.

—Madre, estás muy guapa, como siempre—Yvette, seguía manteniendo la figura delicada como cuando era joven. Con su pelo negro y sus ojos violetas, parecía su hermana, en lugar de su madre —mira, te presento a mi andsfrende, Lynnae.

—Hija mía, ¡qué alegría conocerte por fin! —la abrazó con fuerza, haciendo que la muchacha, por fin, sintiera que tenía una familia.

Erik se acercó a su hijo que alargó su antebrazo, serio, para saludarle, pero su padre alargó sus poderosos brazos y le abrazó contra él, como no hacía desde que era un niño. Algunas lágrimas indiscretas cayeron de los ojos de los dos hombres, y Erik susurró junto al oído de su hijo,

—Perdóname hijo, perdóname—
Gunnar apretó fuerte los brazos en la espalda de su padre, mientras las dos mujeres abrazadas por la cintura, les observaban llorando sin pudor. Algunos de los invitados, amigos de Gunnar, no pudieron evitar que también rodaran algunas lágrimas por sus mejillas.

Cuando padre e hijo se separaron, se echaron sus dos hermanos en sus brazos, riendo, abrazados también por

primera vez en años,

— ¡Ragnar, Rongvald! —Gunnar no podía resistirse ya a las lágrimas que asolaban sus ojos. Los tres hermanos se palmeaban en la espalda con fuerza. Gunnar les presentó a su esposa, que ya había saludado a su padre. Sus padres estaban juntos mirando a sus hijos, radiantes, cada uno a un lado de Lynnae, que también lloraba al ver la felicidad de su compañero.

Erik susurró en el oído de su mujer,

—¡Estarás contenta que ya has sabido de tu hijo! —ella le miró altiva, y le contestó con bastante ironía,

—Desde el principio supe de él, y sus hermanos también, con esta testarudez, el que más has sufrido has sido tú—Erik inclinó la cabeza para que

ella no viera su sonrisa. Sabía que todos excepto él, mantenían contacto con Gunnar, lo que ellos no imaginaban, era que cuando les daban algún mensaje sobre él, Erik luego interrogaba al mensajero, para saberlo todo. Su dinero le había costado que los mensajeros de su hijo mantuvieran el pico cerrado. Levantó la cabeza de nuevo cuando pudo volver a poner su cara de seriedad habitual, más tarde, en la cama, le contaría a su amada esposa la treta que había utilizado.

—¡Hijos, soltad a vuestro hermano!, ya tendréis tiempo de estar juntos, vamos a estar aquí una larga temporada. Ahora, creo que hemos venido a una boda—el resto de los invitados aplaudieron largamente las palabras del padre de

Gunnar, y comenzaron a entrar en el castillo.

La familia del novio entró después, dejando a la pareja un instante a solas.

Gunnar la acarició una última vez con la mirada, y ella le sonrió, antes de entrar cogida de su mano.

FIN

¡Gracias por leer!

Querida lectora,

Espero que hayas disfrutado leyendo LYNNAE, la tercera novela de la saga CAUTIVAS DEL BERSERKER, tanto como yo escribiéndola. CAUTIVA, la primera de la saga en su momento fue una sorpresa la gran acogida que tuvo, y por eso me decidí a hacer una saga. ERIKA la segunda, también ha sido muy bien recibida.

Muchas me habéis preguntado dónde he leído el nombre de ANDSFRENDE, he de confesar QUE HA SALIDO DE MI IMAGINACIÓN, porque necesitaba un nombre para las

compañeras destinadas a los BERSERKERS. Y me parecía muy interesante que esta clase de vikingos tan particular, también tengan mujeres con características únicas.

Dime que es lo que te gusta, lo que te encanta e incluso lo que no te ha gustado de mi libro. Puedes escribirme a margottechanning@gmail.com, ó a través de [Facebook/margottechanningpage](https://www.facebook.com/margottechanningpage).

Por último, me gustaría pedirte un favor. Si puedes, deja una reseña de LYNNAE en Amazon. Me ha encantado o lo he odiado. Me gustaría mucho saber lo que opinas. Como habrás visto en mis novelas, los comentarios pueden ser muy complicados de conseguir hoy en día. Tú, la lectora, tienes el poder de hacer que

una novela funcione o no. Si tienes interés, en mi página de autor de Amazon (Margotte Channing) están todas mis historias.

Muchísimas gracias por leer LYNNAE y por pasar un rato conmigo.

A continuación, puedes leer el primer capítulo de ERIKA, segundo libro de esta saga.

Sinceramente,
Margotte Channing

ERIKA

MARGOTTE CHANNING

margottechanning@gmail.com

Facebook: margottechanningpage

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

EPILOGO

UNO

Irlanda, año 1112

Hrolf era el jefe de los vikingos cuyos barcos estaban llegando a la playa para ayudar a Alexis Hasink, el gran rey irlandés. Acudía de esta manera, a la petición de ayuda que le había hecho el rey, amigo suyo desde hacía años, dos semanas atrás.

El mar estaba embravecido, pero así era como más le gustaba. El cielo se oscureció y destelló un rayo, una sobrecogedora línea plateada, como si uno de sus dioses vikingos lo hubiera

lanzado, para iluminar a sus protegidos. Recordó que se decía que Odín arrojaba sus rayos, cuando cabalgaba por los cielos en su caballo negro, Sefir, y su carro, de esa manera desataba las tormentas.

Estaba de pie, erguido e imponente como un gigante contra el viento, con una bota firmemente apoyada contra la proa. El viento le alborotaba el cabello dorado, sus rasgos duramente cincelados, no se podían llamar bellos. Su mayor atracción eran sus ojos, de un ardiente azul cobalto, que transmitían una feroz determinación. Su boca, ancha y sensual, formaba una línea recta mientras contemplaba la costa. Llevaba bien recortados la barba y el bigote, y tenía la piel bronceada. Su ropa era como la de

sus hombres. No necesitaba usar ropa fina para ostentar una nobleza que no poseía, su estatura y la confianza que emanaba de él hacían temblar a sus enemigos. Su figura, sobrecogedora e impresionante para hombres y mujeres por igual, estaba dotada de un extraordinario poder en los músculos de los hombros y el pecho. Sus piernas, firmes sobre el barco balanceado por la tempestad, eran fuertes como el acero tras años de surcar los mares, cabalgar, correr, luchar y cometer las tropelías propias de un vikingo.

Hrolf siempre luchaba por un sueldo, su pequeño ejército de mercenarios, contratado por reyes y caudillos, acostumbraba a guerrear por conseguir o recuperar tierras ajenas. Luego, cobraba

y se marchaba. Esta era el último trabajo, se había retirado meses atrás, a su granja en Vinland, pero Alexis, el rey, le había mandado una carta y, debido a los favores recibidos por él años atrás, no tuvo más remedio que acudir. Así que aquí estaba, decidido a ayudar a su amigo, y, luego, a buscar una mujer o mujeres que le dieran hijos y a vivir en sus tierras.

Cuando el drakkar estaba cerca de la orilla de la playa, saltó al agua, seguido por los gritos emocionados de sus hombres, que comenzaron a seguirle. Echó un vistazo a su izquierda, para ver si el drakkar de Beothuk, su hermano, que siempre luchaba con él, había llegado. Estaba algo más lejos que el suyo, por lo que comenzó a avanzar hacia la tierra,

forzando al agua a abrirse a su paso, y cruzando mandobles de espada contra sus adversarios, que habían entrado en el agua a recibirle.

Jamás luchaba como una fiera rabiosa, sabía que era el mayor peligro del berserker, perder la razón. Había visto morir a demasiados que eran como él, porque cedían a la transformación. Por eso, jamás permitía que la furia dominara su brazo armado, que lo impulsara a actuar con demasiada temeridad. Combatió frío e implacable, matando un hombre tras otro. Los defensores combatían valientemente, y en medio de la matanza, pensó, fugazmente, que aquello era una lamentable pérdida de vidas y fuerzas. Había pocos guerreros profesionales allí, seguramente serían

agricultores y artesanos reclutados por una mísera paga para que lucharan en contra del rey, la mayoría luchaban con picas, azadas y cualquier cosa que habían podido encontrar.

Morían rápidamente, y su sangre alimentaba la tierra. Cada vez los vikingos avanzaban más, mientras los rebeldes caían muertos sin poder frenar su avance.

Los gritos no cesaban, a lomos de un caballo castaño arrebatado a un hombre caído, Eric levantó su espada, y lanzó un escalofriante grito de guerra. Un rayo rasgó el cielo y comenzó a llover.

Aunque los hombres resbalaban en el lodo, la batalla no cesó. Hrolf espoleó el caballo y se dirigió hacia las puertas de la ciudadela cercana a la playa, y que debía conquistar. Sabía que lo seguían

sus hombres, que habían bajado de los seis drakkar que ya habían dejado varados en la arena. A las puertas de la muralla que rodeaba la ciudadela, escuchaba la preparación en las almenas para acabar con ellos, impasible, ordenó que fueran al barco a buscar un ariete. A pesar de las flechas que volaban a su alrededor y el aceite caliente que les arrojaban, no tardaron en romper los portones. Entonces, los vikingos entraron en tropel en la ciudad, estaba preparándose para galopar hasta el castillo que se veía sobre una pequeña colina, cuando un grito le puso los pelos de punta:

- ¡Hrolf!, ¡vuelve!, ¡es Beothuk! – Bjarni, su segundo al mando, tenía órdenes tuyas de esperar siempre a que

desembarcara Beothuk, y, cuando ocurriera, que le cubriera las espaldas hasta que llegaran junto a él. Él, como jefe de los hombres, no podía estar pendiente de su hermano en la batalla. Dio la vuelta al caballo con el corazón latiéndole en la boca, y galopó como loco para volver a la playa. Bjarni le señaló un grupo de hombres cercando a su hermano.

- ¿Cómo es que no le estás ayudando? -Bjarni le miró con cara triste, se extrañó al verle.

- El berserker le ha poseído, fíjate, son nuestros hombres, ha matado a varios ya- Bjarni se limpió una lágrima traidora, que le corría por la mejilla. Hrolf no lo creía, no podía ser, él era mayor que Beothuk, no podía ocurrirle a él

antes. Bajó del caballo y corrió hacia su hermano pequeño. Los hombres tenían instrucciones de, que, si la posesión llegara a ocurrir, tenían que matar al poseído con la mayor rapidez y limpieza posible. Pero había dado esas órdenes pensando en él mismo, nunca en su hermano.

Corrió como un loco, pero mientras lo hacía, una flecha traicionera se había alojado en el pecho de Beothuk. Gritó lanzándose contra ellos, que abrieron filas para dejarle pasar, todos conocían el profundo cariño que sentían los hermanos entre sí. Se retiraron asustados, no sabrían qué hacer si también le ocurriera a Hrolf, siendo su líder en la batalla.

Se arrodilló ante él, su hermano le miraba, respirando ya superficialmente, la

herida del pecho sangrando sin control.

- Hermano- susurró con esfuerzo- al menos estoy lúcido para despedirme de ti- apretó su mano- hacía tiempo que sentía la oscuridad avanzar en mi interior. Te esperaré en el Valhalla- cerró los ojos, volvió a abrirlos con esfuerzo para decirle- júrame...- suplicó.

- Lo que quieras- apretaba su mano como si con ello pudiera evitar que se fuera.

- Que harás lo que sea para no terminar así, busca a aquél jarl de Groenlandia del que oímos hablar, ve y pregúntale.

- Lo haré- aseguró.

- Júralo, si no lo cumples, que nuestros espíritus no se vuelvan a encontrar- su vida se agotaba.

- Te lo juro hermano- Beothuk, el sonriente, como era llamado entre todos los que le conocían, mostró su sonrisa por última vez y murió. Hrolf lanzó un alarido que recordó a todos los que lo escucharon, el de un lobo solitario al que le hubieran arrancado lo más querido.

Después de eso, no recordaba mucho más, solo que Bjarni se encargó de que llevaran el cadáver de su hermano al barco, y que él volvió a montar y a empuñar su espada. Aunque era como si no estuviera dentro de su cuerpo, como si él también hubiera muerto.

Horas después, llegaba el rey al campamento Hrolf estaba sentado en la playa, bebiendo hidromiel, mientras intentaba olvidarse de todo, incluyendo el

olor a sangre y muerte que había en el aire. Miraba el mar que le separaba de su tierra, donde al amanecer, arrojarían una balsa de troncos que sus hombres estaban fabricando, y que llevaría el cadáver de su hermano, que luego quemarían para asegurar su viaje rápido al paraíso vikingo. Su hermano, el mejor hombre de los dos, había muerto y tendría que aceptarlo, y encontrar un modo de seguir viviendo.

- ¡Al fin te encuentro! – miró al rey, pero no le apeteció levantarse, debía estar muy borracho porque le pareció bien quedarse sentado en la arena, con el pellejo de hidromiel en la mano.

- Hola Alexis- el monarca, le miró con tristeza, y, sorprendentemente, se sentó junto a él. Era un hombre

rechoncho, bajito y de cuarenta años. A pesar de ser tan distintos, o precisamente por ello, se habían hecho amigos. Se acomodó junto a él y le pidió el pellejo con un gesto de la mano. Bebió un trago antes de continuar.

- Lo siento mucho Hrolf, era un buen hombre.

- Sí, lo era- su corazón sangraba, sentía un dolor extraño en él, como no había sentido nunca.

- Si necesitas algo...- él negó con la cabeza, ahora su decisión de volver a sus tierras para emprender su nueva vida, no parecía tener sentido. No sabía dónde ir, ni qué hacer. Quizás debieran echarle también en la balsa con él.

- Me ha dicho Bjarni que te hizo una petición antes de morir.

- Sí, estaba preocupado por mí, incluso mientras se moría- le miró, al rey le pareció ver una humedad sospechosa en los ojos, quizás fuera una sombra- escuchamos hace unos meses hablar de un berserker que había conseguido doblegar a la bestia, me hizo jurar que le buscaría. Nos dijeron que se había casado, que tenía hijos y que se había vuelto pacífico- inesperadamente, el rey se echó a reír al escucharle.

- No creo que le guste que le llamen pacífico- Hrolf frunció el ceño.

- ¿Le conoces? - pensaba que era una leyenda, nunca había creído lo que les contaron ese día, pero no le dijo nada a su hermano para que no se desilusionara.

- Sí, y a su familia. Todo lo que te

han contado, y más, es verdad. Estás hablando de Erik de Groenlandia.

Hrolf dejó caer el pellejo en la arena asombrado, mientras escuchaba con atención la historia de Erik.

